

4-9-55

29

PEREGRINACIÓN OBRERA ESPAÑOLA Á ROMA
EN 1894

DE GRANADA Á ROMA Y REGRESO

TRES SEMANAS DE PEREGRINACIÓN
POR

D. AMANDO R. CASTROVIEJO NOBAJAS,

CON UN PRÓLOGO

DEL

DR. D. FRANCISCO JAVIER SIMONET.



CON LICENCIA ECLESIASTICA



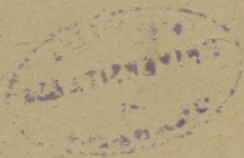
GRANADA

IMPRENTA DE LÓPEZ GUEVARA

1894

12193443 -

ca Universita
CANADA
C
anta 37
Numero 20 (29)



TR

R. 29210

DE GRANADA Á ROMA Y REGRESO
TRES SEMANAS DE PEREGRINACIÓN

POR

D. AMANDO R. CASTROVIEJO Y NOBAJAS

ABOGADO, SOCIO CORRESPONDIENTE
DE LA
ACADEMIA «L'UNNIONE UNIVERSALE» DE ROMA, ETC. ETC.,

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

DEL

DR. D. FRANCISCO JAVIER SIMONET,

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA:

CON LOS DISCURSOS

DEL CARDENAL SANZ Y FORÉS

Y DE S. S. LEÓN XIII

Á LOS PEREGRINOS ESPAÑOLES

CON LICENCIA ECLESIASTICA

GRANADA

IMPRESA DE J. LÓPEZ GUEVARA.

1894

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DE GRANADA
Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Francisco L. Hidalgo Rodriguez

4675

A mi querido amigo el inspirado poeta
D. Francisco S. Hualde en prueba del
sincero afecto que le guarda su
amigo y compañero

El Autor

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Granada y Buenos Aires
1845

Queda hecho el depósito que marca la ley.

E
de
no
cer
su
Pa
F
bre
jeto
tar
obr
S.
leg
Sa
ah
inc
I
de
tis

AL EXCMO. É ILMO. SR. MARQUÉS DE COMILLAS.

En un libro destinado á perpetuar el grandioso hecho de *La Peregrinación obrera española á Roma en 1894*, no parece importuno apuntar el nombre del ilustre prócer á cuya munificencia se debe, puede decirse que en su totalidad, la imponente manifestación de adhesión al Papa, llevada á cabo por los obreros españoles.

Permítame en este sentido S. E. que estampe su nombre al frente de estas páginas, escritas también con objeto de contribuir, con el producto de su venta, á aumentar en algo el exhausto erario de San Pedro; millares de obreros bendecirán á S. E. en estos momentos, porque á S. E. deben el haber logrado llevar á cabo aspiración tan legítima en todo católico, cual es el visitar el sepulcro de San Pedro y ofrecer al vicario de Cristo en la tierra, ahora el sabio Pontífice León XIII, el testimonio de su incondicional adhesión.

Ruego á S. E. acepte esta pequeña muestra del agradecimiento, afecto y consideración que le profesa su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

EL AUTOR.

A
auto
lam
ción
sos
ros
para
dab
cade
tolic
de t
med
hom
cari
inic
mer
gula
del
sali

PRÓLOGO.

AL publicar este ameno librito, su joven y aventajado autor, no ha tenido pretensión alguna literaria, sino solamente la de consagrar á sus compañeros de peregrinación un recuerdo escrito y duradero de uno de los sucesos más notables de nuestros días; suceso altamente honroso para la nación española, grandemente consolador para el atribulado Jefe de la Iglesia Católica y de indudable influencia en los destinos y mejora de nuestra decadente sociedad. Honroso, ciertamente, para nuestra católica nación, porque, fiel á su fe característica, madre de todas sus grandezas y glorias, ha enviado á Roma, por medio de sus quince mil y tantos peregrinos, un brillante homenaje de su constante lealtad y firme adhesión al Vicario de Jesucristo y de su continua protesta contra la inicua usurpación de los Estados Pontificios; porque ha merecido oír de la augusta boca de León XIII elogios singulares que enaltecen á nuestra nación sobre las demás del orbe católico, y porque esta peregrinación, desde su salida hasta su regreso, y así fuera como dentro de Espa-

ña, ha sido un vivo testimonio de fervor cristiano y una marcha triunfal, recibida por do quiera con aplausos y bendiciones, excepto en un punto de nuestra Península, donde todavía quedan algunos salvajes que, con harto dolor de los buenos valencianos, han sobrevivido á la justa expulsión de los moriscos. Ni ha sido menos honroso para España el terror que, al tener noticia de nuestra gran peregrinación, se apoderó de los italianísimos, siempre temerosos de que se derrumbe el trono tan villanamente levantado, y de que una cruzada española pueda renovar un día, para escarmiento de apóstatas y masones, las glorias de Ceriñola y el Garellano.

Y ¿qué podremos decir del consuelo que esta peregrinación española ha llevado al acongojado ánimo del Padre común de los fieles, en medio de la dolorosa y larga prueba que está sufriendo desde el principio de su glorioso pontificado? ¿Con cuánto gozo de su paternal corazón ha recibido á tantos millares de hijos fieles y amorosos que, procedentes de todas nuestras provincias, así peninsulares como ultramarinas, han acudido á felicitarle por su último jubileo y por los grandes triunfos que la divina Providencia le prodiga en tiempos tan contrarios, enloqueciendo de amor y de entusiasmo al gozar de su venerable aspecto, al escuchar sus palabras llenas de santa unción y al saludarle como Papa-Rey? Y ¿cuánto no habrá gozado el inmortal autor de la encíclica *De conditione operarum*, al ver realizado el principio de sus benéficos planes en la fraternal unión de nuestros obreros con sus patronos y de nuestra clase popular con las superiores, al ver arrancado á nuestro pueblo trabajador de las garras de la anarquía y reconciliado con el orden cristiano?

Finalmente, creemos que esta gran peregrinación espa-

ñola
sult
soc
pue
ya c
cion
hist
com
mur
bar
hor
XII
ñola
rida
fe c
P
tusi
par
bid
dios
nue
A
con
sión
y re
inef
hur
los
bea
jest
la g
pon

ñaola ha de producir, á despecho de la revolución, los resultados más satisfactorios en favor de la Iglesia y de la sociedad civil. Durante su breve estancia en Roma, el pueblo español ha recibido altas y saludables enseñanzas, ya de los prodigiosos monumentos y admirables instituciones, erigidas allí por la fe católica, ya de los recuerdos históricos que nos representan á los Sumos Pontífices como los bienhechores y salvadores de la Europa y del mundo civilizado en diversas invasiones de pueblos bárbaros y revoluciones no menos destructoras; ya de las exhortaciones y consejos que la superior sabiduría de León XIII, verdadero *lumen in cælo*, nos ha dado á los españoles, para que, unidos en firme lazo de concordia y caridad, trabajemos por restaurar sobre la sólida base de la fe católica, el orden social quebrantado por el liberalismo.

Por lo tanto, felicitamos cordialmente al piadoso y entusiasta autor de este libro, digno representante de la parte católica y generosa de nuestra juventud, que ha sabido resistir al doble atractivo de los vicios y torpes medios que les ofrece la corrompida y enervada sociedad de nuestros tiempos.

Al leer estas sencillas páginas, escritas con fe viva y convicción profunda, los dichosos peregrinos que en ocasión tan solemne han visitado la cabeza del orbe cristiano y rendido homenaje al ínclito León XIII, recordarán con inefable fruición, goces y emociones de un orden sobrehumano y muy superior á los que buscan con tanto afán los materializados hijos del siglo XIX: la solemnísima beatificación de varios bienaventurados españoles, la majestad incomparable del Vicario de Jesucristo en la tierra, la grandeza histórica, monumental y religiosa de la Roma pontificia, maestra y civilizadora y bienhechora del orbe,



y el portento singularísimo de la veneración universal que, en medio de su indigno cautiverio, goza el Jefe de la Iglesia, mientras el gobierno intruso que lo esclaviza, tiembla aterrorizado á cada movimiento de los pueblos católicos, que vuelven los ojos á su buen Padre y Pastor.

F. J. Simonet.

Granada 13 de Mayo de 1894, Pascua del E. S.

bita
no y
Pap
cub
A
don
ani
taci
en
bre
de
C
al
cua
las
con
RE
F
tibi

LA PARTIDA.

De Granada á Málaga.

7 de Abril de 1894.

COMO si el cielo quisiera reflejar la tristeza de los habitantes de esta católica comarca, que sentían vivamente no poder acompañarnos á consolar en su prisión al gran Papa León XIII, amaneció el día 7 encapotado y triste, cubriendo las nubes toda la extensión del horizonte.

Á pesar de haberse fijado la fecha de la salida para el domingo 8, un numeroso grupo de peregrinos, con la animación pintada en el semblante, se hallaba en la estación el sábado 7, para poder al siguiente día oír Misa en Málaga, visitando de paso esta población, cuyo nombre siempre había llegado á sus oídos con el calificativo de *la bella*.

Crugieron las cadenas del monstruo de hierro, lanzó al espacio bocanadas de humo, partiendo á las seis y cuarto de la mañana, entre el agitar de los pañuelos y las aclamaciones de los que acudieron á despedirnos, que con mucho entusiasmo contestaron un «¡viva el Papa REY!» dado por un peregrino de los últimos wagones.

Rasgó el sol las nubes que se oponían al paso de sus tibios rayos, y desde las cimas de Sierra Nevada alum-

bró esplendorosamente la vega granadina, para que admirásemos las bellezas de esta región feracísima y pudiésemos compararlas con las que se ostentan en el suelo de Italia.

Como raramente sucede en las vías ferroviarias andaluzas, llegamos á la hora prefijada á la bonita estación de Atarfe, donde se nos unieron cinco peregrinos pertenecientes á la ciudad de Santa Fe. El tren continuó atravesando las inmensidades de la vega, cambiando tan bello paisaje, al pasar Pinos Puente, por el de pequeños valles y ondulantes colinas, limitadas por otras mayores y de forma cónica que semejaban grandes tiendas de campaña cubiertas por los verdes laureles de la victoria.

Todo era en el wagón alegría, todo animación y contento, ninguna boca callaba y todos hacían derroche de ingenio, sobresaliendo el florista Francisco de Sales Muñoz, que no se daba punto de reposo en contar historietas y chascarrillos, imitando con gracia sin igual la fauna toda, con manifiesta satisfacción de cuantos iban en el coche, que de varias maneras le demostraban su complacencia. De este modo entretenidos dejamos á Íllora, cercada de almendros y rodeada de colinas cubiertas de la lozana verdura que guarda la primavera para este país privilegiado, y á Tocón, donde se embarcaron nuevos peregrinos.

Si bien en Huétor Tájar perdimos por completo la vista de la vega de Granada, Loja nos indemnizó de este quebranto; preciosísimo es el valle en que se encuentra situada: las cristaleras de sus moriscas azoteas descomponían los rayos solares, dando á la población un aspecto fantástico.

No obstante el brillo del sol, los negros nubarrones,

que
vira
imp
llu

E
á la
fert
frío
tra

gar
F
gan
ñan

I
nec
esp
me
abi
tún
y c
res
lleg
cua
bos
tan
de
gu
los
odo

F
un
qu

que partiendo de las últimas estribaciones de Sierra Elvira, se iban apoderando del horizonte, incesantemente impelidos por el viento, indicaban la próxima caída de la lluvia.

El tren avanzaba culebreando por la Sierra de Loja, y á la izquierda corría el murmurador y poético Jenil, que fertiliza y embellece el valle antes citado. Al pasar Río-frío, la sombría mole de la *Peña de los enamorados* trajo á nuestra mente la tragedia ocurrida en aquellos lugares, según expresa la tradición.

Poco tardamos en atravesar la vega antequerana, llegando á Bobadilla á las diez y cinco minutos de la mañana, hora en que tomamos un corto refrigerio.

La menuda pero incesante lluvia nos obligó á permanecer en los wagones durante la reglamentaria y larga espera, al cabo de la cual partimos,—sin que por un momento cesase la molesta lluvia que no nos permitía tener abiertas las ventanillas,—atravesando, por numerosos túneles, un terreno sumamente montañoso y accidentado, y cuando parecía que nada pudiera hallarse más pintoresco, la bellísima campiña, que comienza poco antes de llegar la estación de Álora del Río, nos hizo olvidar cuantas bellezas hasta entonces habíamos contemplado; bosques de naranjos y limoneros, entre los que se levantan gallardas y esbeltas gigantescas palmeras cargadas de rojo fruto apiñado en abundantes racimos, se distinguen hasta llegar á Cártama, llenándose en este trayecto los wagones de los delicados aromas del azahar y de las odoríferas emanaciones que exhalan altísimos eucaliptus.

En Cártama y hasta Campanillas la vegetación sufre un brusco cambio, no viéndose otra cosa en sus valles que sembrados de cereales y algunos árboles frutales

cuajados de blancas y rosáceas flores, como en las fértiles llanuras castellanas.

¡Lástima daba mirar los helados plantíos de caña de azúcar, después encontrados, y lástima también que el mal tiempo nos impidiese gozar de todos los encantos que posee la campiña de Málaga!

Málaga.

Á esta última población se llegó á la una y veinticinco minutos de la tarde, acordándose, después de tomar instrucciones del jefe de grupo D. Ricardo Garnier, que nos instalásemos todos juntos en el parador de San Rafael, cosa que se verificó no sin que antes tomasen una ducha algo prolongada los imprevisores que olvidaron el paraguas al salir de sus casas.

El cansancio del viaje y más aún el torrencial aguacero, hizonos recoger temprano, rezándose el Santo Rosario con gran devoción de todos los peregrinos.

Domingo 8 de Abril.

Aunque la mañana seguía lluviosa, nos levantamos á las cinco, oyendo Misa en la Catedral, muy digna de admirar por el atrevimiento con que están fabricados los arcos que sostienen la cúpula; adornan sus paredes magníficos cuadros, siendo muy bonita la capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, en la que se halla colocada una preciosa imagen en cartón piedra.

Dedicose el resto de la mañana á visitar Málaga, gustando á todos sobremanera la calle de Larios y los hoteles de verano edificados en el camino del Palo.

En una junta celebrada por los jefes de grupo de las

diferentes provincias, Córdoba, Jaén, Granada y Málaga, se acordó que los peregrinos pertenecientes á ellas embarcasen en el vapor *Baldomero Iglesias*, anclado en el puerto desde la noche anterior.

Nada nos retenía en tierra, y previas las órdenes de embarque, se verificó sin incidente digno de mención, haciéndolo también los peregrinos que salieron de Granada el día 8, á las nueve y media de la noche.

En el Baldomero Iglesias. (1)

Si bien es verdad que entre todos los peregrinos reinaba la fraternidad más entrañable, cada provincia formó grupo aparte para cambiar mutuas impresiones, expresando los de Granada su disgusto por verse separados de sus jefes de grupo, Sr. Garnier, ya citado, y don Luís Morell, acreedores á las vivas simpatías hacia ellos sentidas, y que tampoco se recataron el lamentar verse precisados á ir á bordo del *Rabat*, aunque era un buque

(1) Es el antiguo *Ebro*, que perteneció á las compañías *Mala real* inglesa y Marqués del Campo, debiendo su actual nombre á un acto de deferencia por parte de la Compañía Trasatlántica, para honrar la memoria del dignísimo y esperto marino de este nombre, muerto heroicamente á bordo del vapor *Vizcaya*, á consecuencia del desastroso choque ocurrido en aguas de New York, no hace muchos años.

El *Baldomero*, aunque viejo, según á simple vista se nota por el mascarón de proa. es de buenas condiciones maríneas, con aparejo de los llamados *goleta dos palos*, tiene 80 metros de eslora, 9 de manga, máquina de 3 calderas de triple expansión y un andar de 11 á 12 millas por hora. Pueden alojarse en él 593 pasajeros de todas clases.

que ofrecía más comodidad y mejores condiciones marineras.

Rezóse bajo cubierta el Santo Rosario, concluído el cual, tuvimos un incidente cómico que á todos hizo reír por espacio de largo rato.

Poco después de las once de la noche, hora en que, según el reglamento de la Compañía Trasatlántica, deben apagarse las luces que á bordo no sean necesarias para el servicio de la marinería, el obrero tonelero Antonio Beltrán Campoy, perteneciente al Círculo Católico de Obreros de Granada, subió á cubierta con objeto de beber agua en la tinaja de estribor.

Hizo la obscuridad que, equivocando el camino, penetrase en la jaula de una vaca destinada al consumo, interrumpiendo al animal en su sueño, por lo que dió un mujido y trató de incorporarse. Bastó esto para hacer huir lleno de pavor al apocado tonelero, que ni aun bajo cubierta se consideraba seguro de las aceradas astas del cornúpeto.

Después comentaba el suceso, atribuyendo la causa de su huída á no llevar «capa» en aquellos momentos; no afirmaré que así no sea, mas es cierto que sin beber agua dejó de tener sed y quizá fuera el único que durmió con pesadillas hasta el

Lunes 9 de Abril,

en que se anunció el desayuno á las seis de la mañana, cuando ya estaban sobre cubierta la mayoría de los peregrinos, gozando las delicias de un espléndido día, y las no menores que proporcionaba la contemplación del hermoso puerto de Málaga.

LA MISA Á BORDO.

El embarque del Sr. Obispo de Málaga.

Á las siete de la mañana, el capellán de á bordo, don Francisco Contreras, dijo la Misa en la cámara de 1.^a, oída con gran recogimiento por cuantos peregrinos cupieron dentro de ella y en la entrada de su escalera.

El muelle presentaba—á las siete y treinta y cinco—un aspecto animadísimo. Personas de todas las clases sociales habían acudido á despedir á su Prelado y á los peregrinos, aclamándolos sin cesar, y sobresaliendo sobre el universal clamoreo el alegre repique de las campanas, que con sus lenguas de acero nos despedían desde las alturas de sus góticas torres.

Despedido el Sr. Obispo por las autoridades, clero, comisiones del Seminario y de un gran número de corporaciones y centros, subió por la escalera de estribor al buque, siendo vitoreado por todos con frenético entusiasmo; después se dieron vivas al Papa-Rey, á la peregrinación y peregrinos y al Sr. Marqués de Comillas, todos contestados con el mismo entusiasmo y reinando á bordo mucha animación y alegría, cada vez mayores, al saberse lo pronto que el *Baldomero* había de levar anclas, partiendo con dirección á Almería, para recoger los peregrinos de aquella diócesis.

En marcha.

Á las nueve en punto de la mañana, la proa del *Baldomero Iglesias* hendió con su cortante arista las tranquilas aguas del puerto de Málaga, y una vez fuera de él como las palomas mensajeras que describen en los aires círculos concéntricos para buscar orientación, viró repetidas veces, hasta que, seguro de su derrotero, avanzó majestuoso sobre las azules olas, que suavemente le mecían, dejando tras de sí revuelta y espumosa estela, cuyas rizadas y blancas crestas irisaba el sol con los más bellos cambiantes.

Si cariñosa fué la despedida que desde el muelle del puerto nos hicieron millares de personas pertenecientes á todas las clases sociales, adhiriéndose de este modo en espíritu á la grandiosa idea de la peregrinación, el acto de pasar junto á los vapores *Buenos Aires* y *Rabat*, fué solemne, grandioso, conmovedor...

Una estruendosa salva de aplausos atronó los aires, oyéndose después un murmullo que llegaba á nuestros oídos, de modo semejante al confuso clamoreo que todavía en el muelle se escuchaba.

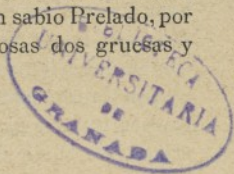
Aquella salva y aquel murmullo, que confusamente percibíamos, nos anunciaron que allí, en aquellos colosos de los mares, se encontraban miles de hermanos nuestros, animados de las mismas ideas, de idénticos sentimientos, que dejaban sus habituales quehaceres y más caras afecciones, y que como nosotros, iban á pasar por los riesgos de una larga navegación, para ofrecer al mundo entero el inequívoco testimonio de que aún palpita en

España con sus antiguos bríos el sentimiento religioso, que aún se ama aquí al Vicario de Cristo en la tierra, y que, como hijos cariñosos, no podíamos permanecer indiferentes al verlo atribulado, prisionero y pobre, y corríamos á consolarle, mostrándole nuestro sincero cariño é incondicional adhesión.

Y como eran los mismos sentimientos los que á ellos y á nosotros nos animaban, comprendimos perfectamente el significado de aquellos murmullos, pareciendo el agitar incesante de los pañuelos,—en las bandas, puentes y alto de las jarcias,—inmensos bandos de blancas gaviotas que rodeaban los vapores en continuo revoloteo, sin acertar á posarse en sus palos.

Sí, ¡viva el Papa-Rey!, contestábamos, y gracias por el deseo que manifestáis de que el viaje nos sea próspero; y obreros y menestrales, y sacerdotes y estudiantes, todos lloraron al contemplar tan conmovedor espectáculo, y entre los sollozos que casi ahogaban su voz apagada, exclamaba un peregrino: ¡Bendita, bendita mil veces sea la Religión que así logra unir los corazones; sólo ella, con su altura de miras, es la llamada á realizar las grandes empresas!

Entonces, reunidos en rededor del Sr. Obispo de Málaga, como las ovejas junto al pastor que las defiende y guía, se cantó una solemnísima Salve, recibiendo todos, una vez terminada, la bendición de tan sabio Prelado, por cuyas mejillas se deslizaban temblorosas dos gruesas y cristalinas lágrimas....



En plena mar.

Málaga no es ya el bello hemicírculo que limita el puerto; distingúense de modo confuso sus blancas casas, en la falda de las violáceas montañas del fondo.

Con gran satisfacción fué recibido el anuncio del almuerzo, al que se le hicieron los honores que merecían su cantidad, calidad y condimento.

Muñoz, conocido ya de todos los peregrinos por el nombre de «El pavo,» á causa de la perfección con que imitaba el canto de esta gallinácea, fué objeto durante el almuerzo, por sus ocurrencias, de una continuada ovación, debiéndose á su ingenio el nombre de «Fonda del Ancla,» con que se designaba el lugar donde comían los peregrinos de 3.^a, lugar en que se hallaban las anclas del *Baldomero*.

Sin apartarnos de la costa, en la que á simple vista distinguimos los pueblos de Vélez Málaga, Torrox, Nerja y otros pueblecillos insignificantes, seguimos nuestro rumbo en dirección al puerto de Almería. Muchos peregrinos atribuían el no marcarse, á pliegos de papel colocados en el pecho, al olor de los limones y á otra multitud de remedios, inventados sin duda por personas de buen humor, sin considerar que la tranquilidad del mar no podía causar efecto alguno, aun en los menos acostumbrados á la navegación.

Aún no estábamos fuera de nuestro terreno: aunque ocultos tras los picos de Sierra Nevada los moriscos torreones de la sin par Alhambra, á la una y media de la tarde, auras granadinas ensanchaban nuestros pulmones;

á nuestra vista tuvimos á Motril, Salobreña, Almuñécar, Rábita de Albuñol y algo más alto Castillo del Ferro, y no sé qué tiene la región en que se vive que, como al acero la piedra imán, así atraían nuestras miradas las pintorescas costas granadinas, que forman rudo contraste con las de la provincia de Almería,—en cuyas aguas entramos á las tres y diez, distinguiendo la villa de Adra,—de desagradable aspecto á causa de la excesiva aridez de sus descarnadas montañas.

Cuando terminaron los sacerdotes, presididos por el Sr. Obispo, de rezar vísperas,—cuatro y treinta y cinco,—doblamos con muy buena mar la punta de Sabinal, dando vista al faro de Almería, y entre brumas, y como aislado del resto de la costa, un punto oscuro de forma esferoidal: el Cabo de Gata.

Al llegar la hora de la comida, presentaron la de 3.^a al Sr. Obispo para que la probase y diese su parecer, diciéndole el capitán era costumbre inveterada que así lo hiciese el *jefe*, y que á bordo no podía serlo otro que él, por su elevada gerarquía, saber y virtudes; exclamando el Sr. Obispo con extremada sencillez: ¡Vamos, que soy Martínez Campos!

En el puerto de Almería.

El día, que amaneció espléndido, fué tornando triste, según avanzamos por la costa; y cuando á las cinco y media dimos vista al puerto de Almería, una ligera lluvia se desprendía de las nubes que empañaban por completo el azul del horizonte.

Un numeroso grupo esperaba en el muelle nuestra lle-

gada, recibiéndonos con el himno de la peregrinación y vivas al Papa-Rey, al Sr. Obispo de Málaga y á los peregrinos, vivas contestados por nosotros, que también vitoreamos al Sr. Obispo de Almería cuando subió á visitar al de Málaga y rogarle considerase como hijos suyos los peregrinos de aquella región, que acto continuo habían de embarcar. Al despedirse el Sr. Obispo de Almería, fué nuevamente vitoreado, contestando los del muelle con vivas al Sr. Obispo de Málaga y á nosotros.

Procedióse al embarque de 70 peregrinos, visitándonos, por si ocurría novedad, los Sres. Morell y Garnier, que se encontraban en el *Rabat*, anclado en el puerto hacia ya algunas horas.

Procesionalmente se cantó el Santo Rosario por todos los peregrinos, y una vez concluido, se retiraron á descansar muy satisfechos, por haber encontrado el mar algo menos fiero que como solían pintarlo antes del embarque los aficionados á impresionar con escenas terroríficas.

Bien puede asegurarse, que no se imaginaban lo que había de suceder el

Martes 10 de Abril.

De Almería á Valencia.

Cariñosamente despedidos por nuestros compañeros del *Rabat*, dejamos el puerto de Almería á las seis y cuarto de la mañana, con rumbo E. y sin perder de vista la costa.

El cielo nuboso, la mar algo picada y la brisa convertida en viento, anunciaban claramente que habíamos de

tener mala navegación, empezando los peregrinos á los pocos momentos de marcha á poner «casa de cambio,» sin que con esto no hicieran más que seguir el ejemplo del capitán,—D. Francisco Manzano,—que fué uno de los primeros en marearse.

Ni aun en las ansias del mareo perdió Muñoz su buen humor, y decía, causando la hilaridad de cuantos le escuchaban: «Si en el mes de Abril está la *Gata* de este modo, imaginad las uñas que tendrá en el mes de Enero.» Aludía al Cabo de este nombre, que fué doblado con grande marejada á las ocho y cinco de la mañana, hora en que se decía una Misa—oída por cuantos se lo permitió el mareo—en el camarote del Mayordomo, para que de este modo pudieran asistir—ya sobre cubierta—mayor número de peregrinos.

Pocos estaban en disposición de contemplar las montañas—cubiertas de verdura—que forman el Cabo de Gata, y la proximidad de la costa—una milla—no impidió que se generalizase el mareo, cada vez más molesto, á causa de no quedar alimento alguno en los estómagos. El almuerzo se dió, mas fué á poco para los delfines banquete succulento, oyéndose frases dignas de apuntarse, como la de un cordobés que exclamaba con profunda pena: «Esto sí que tiene gracia; mis hijos comiendo pan y papas, y el *charrán* de su padre tirando la carne al mar.»

Los esfuerzos hechos para arrojar un alimento que solo imaginariamente pudiera existir en el estómago, concluyeron por rendir á muchos, que en un sueño reparador adquirieron nueva energía, para que en las aguas de Murcia—que entramos á las doce—sufriesen al doblar el Cabo de Palos—cinco y treinta y dos—nuevamente las angustias del mareo, que no les permitió tomar la comi-

da, ni disfrutar del panorama que ante nuestros ojos se ofrecía.

En el extremo del Cabo se levanta el faro, que anuncia lo peligroso de aquellos lugares, y gran número de velas latinas rodeaban las islas Hormigas, tras las que se distinguen las salinas de Torrevieja, por la interposición del Stasio ó Mar Menor, bahía de inmensa extensión, en la que puede albergarse, en días de temporal, una numerosa escuadra.

Una noche despejada y de agradable temperatura convidaba á permanecer sobre cubierta, en la que un grupo de peregrinos rezó el Santo Rosario, sin que el mareo permitiese hacer lo mismo—en comunidad—á los demás, hacía largo rato acostados en sus literas.

Miércoles 11 de Abril.

Valencia.

El Grao, Barracas, Cabañal, las ruinas de Sagunto, que nos recordaban nuestro heroico pasado, todo esto teníamos—á las siete de la mañana—á nuestra vista, cuando nos preparábamos á entrar en el puerto, anclando en él á las ocho y media, sin que se pensase ya en seguir el viaje por tierra ó volverse á sus casas, como algunos dijeron harían en el instante mismo de llegar á Valencia.

Oímos la Misa—que en Nuestra Señora de los Desamparados dijo el Sr. Obispo de Málaga,—admirándose por todos su cúpula pintada al fresco, lo mismo que en la Catedral la sillería del coro. En la Catedral nos enseñaron el cáliz que usó nuestro Señor Jesucristo la noche de la Cena (1).

(1) El sagrado vaso que sirvió para instituir el Sacramento de

Visitamos la casa en que nació San Vicente Ferrer, en cuyo portal—convertido en capilla—se halla colocada una escultura del Santo, de tamaño natural, naciendo á sus plantas una fuente, con cuatro grifos, para que beban agua los que la visitan.

Al volver á bordo, fuimos objeto de salvajes agresiones, habiendo dejado de propósito para lo último esto que se ha dado en llamar

Los sucesos de Valencia.

Presenciamos, al llegar á las puertas del café de España, un espectáculo indigno de un pueblo culto y de tan gloriosas tradiciones como el de Valencia, cuna de tantos santos y tan amante de la fe de nuestros padres, como muy recientemente ha demostrado al celebrarse, dentro de su hermoso recinto, un Congreso de tan alta trascen-

la Eucaristía, se veneró primero en Huesca, ciudad á la que fué donado por San Lorenzo, con una carta en la que constaba su autenticidad; más tarde, fué trasladado á San Juan de la Peña, donde se conservó 686 años, consiguiendo San Vicente Ferrer,—por medio del rey D. Martín,—traerlo á Valencia, colocándolo en una capilla del palacio de la Aljafería, en el año 1399; en 1421, quiso D. Alfonso V se depositase en el palacio real de Valencia, mas por encontrarse extramuros, temiendo una algarada, se depositó en la sacristía de la Catedral, á la que se le donó definitivamente en 1437, por el infante D. Juan.

Veniase usando una vez al año, el día de Jueves Santo, y en el de 1744 se quebró, componiéndose los fragmentos por el platero de la catedral, Luis Vincent y sus hijos, á presencia del Cabildo, que mandó sacar acta notarial de todo lo ocurrido. El Arcediano mayor, en cuyas manos sufrió la quebradura, regaló uno de oro, que es el que hoy se usa en sustitución de tan preciada reliquia, que se enseña,—con el respeto que merece,—á todos cuantos así lo solicitan.

dencia como el Eucarístico, primero de esta clase en España.

Algunos peregrinos, haciendo pública ostentación de fe católica, llevaban en sus pechos el sacrosanto lábaro de la cruz, lo que visto por una desarrapada multitud de seres sin educación y cultura, querían obligarles á que se la quitasen, insultándolos y dándoles mueras, así como también á la religión y al Papa. Se hubieran sin duda alguna extralimitado, hasta el punto de agredirles de modo brutal, con los palos de que iban armados, á no haber en la noche anterior unos cuantos peregrinos demostrado sufrir con paciencia y resignación los insultos, pero asimismo, saber ejercitar el derecho de lícita defensa y que llevaban en sus venas la sangre de los Pelayos y Recaredos, siendo capaces de llegar al heroísmo, por defender una idea arraigada de antiguo en sus corazones, no moviéndose como ellos por un puñado de calderilla, precio al que habían vendido su conciencia y su dignidad, causando el sonrojo de la España toda y declarando con sus hechos que no eran hijos de esta nación, siempre hidalga é incapaz de cometer atentado tan vandálico. Aun bajo la plataforma del tranvía que nos condujo al Grao, llevábamos parte de la chusma, que no cesaba en sus estridentes silvidos.

Parejas de la guardia civil se paseaban á pie y á caballo por entre los manifestantes, sin encontrar en sus silvidos, mueras á la religión y en el tirar piedras, motivo suficiente para arrestar á seres que, violando la Constitución, nos impedían el libre ejercicio de un derecho y un deber, y pasmarse, ¡que esto lo hacían en nombre de la libertad!, á la que vitoreaban, como si nosotros—y no ellos,—lauviésemos aherrojada.

Pa
Dios
ocurr
razón
sus g
regri.
blasf
con a
ge ac
Pre
neler
perde
habil
Dio
do in
tera d
este n
barca
En
Ciud
dos d
vivas
Si
simp
los o
sintie
por é
Aire.
de lo
gusto
hijos
terior

Para que de modo palmario quedase demostrado que Dios no podía dejar sin humano castigo tales desafueros, ocurrió un suceso que vino á llenar de compasión el corazón de todos. Uno de los que más se distinguían por sus gritos desahogados, cayó muerto á los pies de un peregrino que intentaba maltratar, profiriendo horribles blasfemias y dando mueras al gran Papa León XIII, que con admiración de todos—por su saber y prudencia—rige actualmente los destinos de la Iglesia.

Procedióse al embarque sin novedad, pues sólo el tonelero—citado anteriormente,—corrió algun peligro por perderse de sus compañeros, salvándose por medio de una habilísima estratagema.

Dió al sombrero una forma extravagante, y procurando imitar el acento francés, gritaba, entreabriendo la cartera de viaje: «¡Plata y oro y galones, quién vende!» De este modo siguió á las turbas, que le condujeron al embarcadero, sin causarle mal alguno.

Embarcaron algunos peregrinos de las provincias de Ciudad Real y Valencia, haciéndolo poco después—á las dos de la tarde—el Sr. Obispo de Málaga, recibido con vivas entusiastas y aplausos estruendosos.

Si durante el camino se había captado las generales simpatías por su modestia y el cariño con que trataba á los obreros, en Valencia fué ya acendrado cariño el que sintieron por él los peregrinos, al saber el acto realizado por él, que habiéndosele rogado que pasara al *Buenos Aires* ó *Montevideo*, de mayores comodidades y en unión de los demás preladados, se negó en absoluto, para tener el gusto de entrar en Italia acompañando á los que, siendo hijos, tantas muestras de cariño le habían dado en la anterior travesía.

Además de los buques ya citados, estaban en el puerto los buques *Rabat* y *Bellver*, éste inglés, tomado por la Trasatlántica para los usos de la peregrinación.

Los manifestantes, cansados de silbar á los peregrinos, dieron, á las dos de la tarde, gritos contrarios á las actuales instituciones y entonces fué cuando la guardia civil comenzó á cargar sobre ellos, que se parapetaron en unas barricas del muelle.

Esto no obstante, cada vez fué más imponente la manifestación, presenciándose, á las cuatro, el vergonzoso espectáculo de correr tras los coches de los prelados, silbándolos y llenándolos de injurias, sin que en aquellos instantes diese la guardia civil muestras de su virilidad.

No contentos con insultarnos desde el muelle, rodearon los vapores con numerosos botes, en los que les acompañaban algunas mujeres,—señoras, á juzgar por sus dichos,—y desde los cuales nos insultaban con inmundos dicharachos, á los que se contestaba con ¡vivas á Valencia!, vivas que les irritaban en alto grado, pues no podían comprender esta conducta, por no haber en tan mezquinos corazones máxima tan sublime cual es la que enseña no sólo perdonar al que injuria, sino hacer votos por su bienestar y suprema bienandanza.

No merecen sólo las censuras los villanos que nos silbaban y nos arrojaban piedras; más acreedores á ellas son las autoridades por su debilidad, que hacía sospechar estaban en connivencia con los miserables de levita que empujaban á las turbas, dándoles una peseta y un pito y prometiéndoles seguridades, aunque cometieran los mayores atropellos; sí, la *gloria* de la manifestación pertenece primero al gobernador destituido, Sr. Ribot, por su falta de energía, y á los que, huyendo de la luz del día, como las

alimar
masón
mien
trono.

La
pan d
núcle
ban, a
nuestr
grand
puso
idea l
en el
sino e
tuvies
error
potas
ter las
que s
para l
dades
y civi
mater
cupis
grina
solven
los ho
á qui
entra
engañ
y ven
esper

alimañas, se ocultan en los oscuros antros de las logias masónicas, para trabajar contra el orden y minar los cimientos de nuestra sociedad, destruyendo la tiara y el trono.

La España obrera, los hijos del trabajo, que ganan el pan de cada día con el sudor de su frente y que forman el núcleo, la parte más numerosa de la sociedad, demostraban, al acudir á Roma, que aún poseían la fe religiosa de nuestros padres, que aún albergaban en sus pechos la grande y regeneradora idea de la religión, que tan alto puso el pabellón patrio en pasadas centurias, y por cuya idea llegó á ser España la dominadora del mundo, no sólo en el orden material, con el peso de sus invencibles armas, sino en las Letras y en las Artes. Y que la España obrera tuviese fe, no podían verlo con agrado los partidarios del error y las tinieblas, los que se titulan liberales y son déspotas; los que llamándose librepensadores, quieren someter las ajenas conciencias á su propio pensamiento; los que siendo partidarios de la *lux*, se unen y maquinan para llevar á cabo los más horrendos crímenes, en sociedades secretas; los que cacareando á todas horas progreso y civilización, quieren hacer del hombre vil conjunto de materia, destinada á sentir torpes deleites y carnales concupiscencias...; y no lo veían con agrado, por ser la peregrinación el mentís más solemne al progreso de sus disolventes y anárquicas ideas, que ya creían arraigadas en los honrados corazones de los pobres obreros españoles, á quienes las continuas ocupaciones no les permiten desentrañar la malicia de los sofismas con que pretendían engañarlos, atrayéndolos á un bando de pasiones, odios y venganzas, que quita hasta los inefables consuelos de la esperanza y quiere derrocar el orden social existente,

para convertirlo en un conjunto de seres sin conciencia, bajo el supremo patrocinio del vicio...

Llegada la hora de la comida, aumentaron las lanchas, —que rodeaban el buque,—sin que el mayor número de insultos lograra exasperar el espíritu de los peregrinos, siempre encerrado en la prudencia y el perdón, y más aún en aquellos momentos que acababan de leer una hoja impresa,—profusamente repartida,—del Eminentísimo Sr. Cardenal Sanz y Forés, en la que se recomendaba la caridad como suprema virtud, rogando y encareciendo la prudencia en evitación de sucesos desagradables.

Lluvia de piedras.

Despidiéronnos las turbas con atronadores silbidos, votos para que naufragásemos, mueras á la peregrinación y clero católico y una verdadera lluvia de piedras, que causó algunos contusos, por fortuna de poca gravedad.

Á tan salvaje agresión se contestó entonando todos los peregrinos, con viril entonación, el «Corazón Santo,» repetido por tres veces y con vivas á Valencia, que exasperaron más los furores de aquellos desgraciados.

En la boca del puerto nos aguardaba una mayor pedrea, ocasionando una herida de algún cuidado en el arranque de la nariz al vicario de Grazalema,—provincia de Málaga, aunque de la diócesis de Cadiz,—D. Carlos Jiménez, y otra de menor gravedad, en el parietal derecho, á un seminarista de Almería, sintiendo ignorar su nombre, que consignaría con gusto, por ser el de un nuevo mártir de la causa de Cristo.

Mas los habitantes de la bella ciudad que el Turia her-

mosca
pitar s
eran
tarde
págin
raba f
entusi
siendo
abierto
alegría
mejor
ción t
gético
forma
las tu
del ré
masen
tes se
Toc
éramo
rogó
dirigi
sación
sus el
ridad
destin
difícil
Pru
obra
lo qu
millar
encolo

mosa, habían de demostrarnos que aún la fe hacía pal-
pitar sus generosos corazones y que no merecían ser ni
eran hijos de la culta Valencia los miserables que aquella
tarde quisieron cubrir con negros borrones las brillantes
páginas de su gloriosa historia. Numeroso gentío espe-
raba fuera del puerto nuestra salida para despedirnos con
entusiastas vivas y otras manifestaciones de simpatía,
siendo esto bálsamo vivificador que curaba las heridas
abiertas en nuestros corazones, devolviéndoles la plácida
alegría de que se hallaban necesitados. Ninguna plegaria
mejor para desagraviar al Altísimo, que esta manifesta-
ción tranquila, reposada y harmónica, como canto de an-
gélicos serafines escuchado en el átrio de la gloria, y que
formaba rudo contraste con los gritos é imprecaciones de
las turbas, gritos de sordo ruido, como las maldiciones
del réprobo, imprecaciones sangrientas como si las ani-
masen los instintos de las hambrientas fieras que rugien-
tes se agitan en el fondo de las cavernas.

Todavía se distinguían los blancos pañuelos con que
éramos despedidos, cuando una comisión de peregrinos
rogó respetuosamente al Sr. Obispo de Málaga que nos
dirigiese la palabra; hízolo así, comenzando su improvi-
sación,—que resultó magistral discurso, como salido de
sus elocuentes labios,—encareciendo las ventajas de la ca-
ridad, vínculo que une á todos por el amor y concordia,
destinado á resolver el problema social, insoluble ó de
difícil solución á los ojos de los modernos estadistas.

Prueba irrefragable—dijo—de que la peregrinación es
obra de Dios, es que ha despertado el odio de Satán, y
lo que Satán maldice y persigue es porque le arrebató
millares de almas que creía tener ganadas, y ruge y se
encoleriza, sin que su soberbia le deje comprender que

siempre ha de estar humillado ante los ojos del que todo lo puede.

Explicó el alcance de la peregrinación,—religiosa ante todo y sobre todo, sin mezcla alguna de política,—y la misión altísima del Pontificado, y al hablar de los sucesos de Valencia, no manifestó ni una queja, antes al contrario, encareció se rogase á Dios por los manifestantes, movidos por mano del mismo Satanás que dirige las logias masónicas, encontrando en esta manifestación la prueba evidentísima de que la peregrinación, no sólo es del agrado de Dios, sino que la protege. Considerad—decía—los millares de piedras sobre nosotros caídas, su tamaño y fuerza arrojadiza, y sin embargo, sólo ha causado dos pequeñas heridas, cuando parecía que tendríamos que lamentar grandes desgracias. ¡Ah!, hemos de envidiar las gloriosas heridas que dos de los nuestros han recibido, porque ellas servirían para que todos pudiéramos demostrar al mundo entero, que el católico ferviente no se contenta con orar, sino que trabaja por el triunfo de su fe y la extensión de los dominios de Nuestro Señor Jesucristo, llegando, cuando las circunstancias lo exigen, á verter generosamente su sangre defendiendo sus creencias, como en la antigüedad lo hicieron innumerables mártires y continúan haciéndolo en nuestros días.

Al terminar,—como durante el discurso, frecuentemente interrumpido por los vivas y aplausos,—diéronsele muchos vivas, y también al Papa-Rey, peregrinación y peregrinos, rezándose el Santo Rosario, cuya Letanía fué solemnemente cantada con gran afinación por unos obremos cordobeses, siendo por todos admiradas sus privilegiadas voces.

Ya e
ros sí
cuand
agrest
en ella
donos
hora c
lla de
En
tiene
ñana,
poco f
vavid
Muño
cos de
Bar
de Me
ploma
base.
Un
de lo
en el
llenó
Cre
por la
sario

Jueves 12 de Abril.

Las Baleares.

Ya comenzaba el mareo á manifestarse con sus primeros síntomas,—á causa del cabeceo del *Baldomero*,—cuando las brisas de las islas Baleares, cargadas de los agrestes aromas que recogían al atravesar los tomillares, en ellas abundantes, refrescaron nuestras cabezas, dándonos fuerzas para resistirlo, y pudiendo recrearnos á la hora del almuerzo con las costas de Mallorca, media milla de ellas separados.

En las aguas del cabo de Fomentor,—en cuya punta tiene un faro que fué doblado á las diez y diez de la mañana,—vimos unas plantas marinas que nos indicaron el poco fondo del mar, cuya forma parecida á la de los salvavidas, aunque bastante más pequeñas, hizo exclamar á Muñoz: «No preguntéis lo que son, bien claro se ve: Roscos de Loja, decomisados por faltos de peso.»

Bandas de golondrinas siguieron al buque en las aguas de Menorca, islas cuyas abruptas costas amenazan desplomarse sobre el mar, que azotaba con furia su granítica base.

Un pajarillo, que se había internado mar adentro más de lo que le permitían sus débiles fuerzas, buscó refugio en el buque, cayendo en manos de una peregrina, que lo llenó de caricias, soltándole con un blanco lazo al cuello.

Creció el oleaje, para que pocos hicieran la comida, y por la noche impidió el mareo que se rezase el Santo Rosario con la solemnidad de costumbre.

Viernes 13 de Abril.

El estrecho de Bonifacio.

La diafanidad de la atmósfera nos permitió recrear la vista, con el romper de las olas, en el pintoresco islote de Signara, cuyas montañas—menos abruptas que las de las costas Baleares—forman pequeños valles, en los que se ven adelantadas siembras de cereales.

Volvió el apetito á los decaídos estómagos, entrando á la hora del almuerzo en el estrecho de Bonifacio, aproximándonos más á la isla de Cerdeña, en la que vimos, á la una y cuarto, la farola de Razzoli, por parte de proa; á estribor, la extensa población de Bonifacio y la torre de Portussato, teniendo por la amura de babor la baliza del bajo Lavezzi, denunciado por el color lechoso que sobre él toman las marinas aguas.

El pueblecillo de Santa Teresa Gallura, quitó á las costas de Córcega su monótona aridez, presentando á nuestra vista cultivadas praderas, hasta las dos y veinticinco de la tarde, en que doblamos el faro de Razzoli.

En el Tirreno.

Por las tranquilas y apacibles aguas del Tirreno, avanzó con gallardo balanceo el *Baldomero Iglesias*, y la brisa, que rizaba la superficie del mar, contribuía á que aumentasen los encantos de sus azules ondas.

Marchábamos á un tercio de máquina, para no entrar en Civita-Vecchia durante la noche, sacándose los cabos para el amarre en el momento de repartirse la comida.

El
giese
berno
nos o

Des
tar co
seria

Al
Rey y
conclu

habla
na, ha

sísimo
y los

seguir
tes á

taba o
prefer

guna
cómo
do el

palab
La
obrero
ella, c
ocurre
más s

(1)
trofe. U
cargad
que lo
quina,

El Sr. Obispo de Málaga, rogado para que nos dirigiese la palabra, hizolo así, dando gracias á Dios por habernos permitido llegar al final del viaje por mar sin que nos ocurriese ninguna desgracia (1).

Después nos recomendó la prudencia en Italia, para evitar conflictos, y que las sectas pudieran atacarnos, como sería su deseo.

Al terminar su elocuente oración, los vivas al Papa-Rey y al Sr. Obispo de Málaga duraron un gran rato, concluyendo tan entusiasta manifestación, para pedir que hablase el Secretario del Sr. Obispo y mi humilde persona, haciéndolo primero el Sr. Secretario, con un chistósimo discurso, coreado por las risas, las aclamaciones y los aplausos; para terminar, expuso cómo se había conseguido la fraternidad de todas las clases sociales asistentes á la peregrinación, diciendo, que si bien siempre estaba dispuesto á favorecer al prójimo, siempre había de preferir á los peregrinos del *Baldomero Iglesias*, si alguna vez podía en algo serles útil. Excusado es apuntar cómo se acogieron las anteriores frases, y ya acostumbrado el público á vitorear y aplaudir, pudieron tener mis palabras benévola acogida.

La cambrá que sirvió de tribuna fué ocupada por los obreros para pronunciar discursos festivos, subiendo á ella, entre las aclamaciones de todos, Muñoz, que siempre ocurrente, nos hizo pasar un rato agradabilísimo. Con más solemnidad que en los días anteriores, se cantó el

(1) Durante la pasada noche, corrimos el riesgo de una catástrofe. Un buque que venía de la isla de Córcega, completamente cargado, impelido por el viento, cortó la dirección del *Baldomero*, que lo hubiera pasado por ojo, á no parar repentinamente la máquina, con el general sobresalto.



Santo Rosario, y una vez terminado, se pasaron los peregrinos por la cubierta del buque, gozándose de la agradable temperatura de la noche.

Sábado 14 de Abril.

ITALIA.

La escuadra, formada por los buques *Rabat*, *Buenos Aires*, *Montevideo*, *Bellver* y *Baldomero Iglesias*, se preparaba á las siete y media de la mañana á entrar en el vetusto puerto de Civita-Vecchia, puerto en cuyos muros quedaron esculpidos los nombres de ilustres Papas, á quienes perteneció por muchos siglos, y á cuya entrada, un sentimiento de indignación llenó todo mi ser: vi la bandera italiana, que en el cuartel del centro de su escudo, ostenta la gloriosa enseña del cristianismo: ostenta la cruz como un timbre de gloria y, sin embargo, la tiene prisionera!...

Un solo pensamiento ocupaba por completo mi imaginación: ¿Qué tal nos recibirían aquellos que, posesionados por la fuerza de los estados del catolicismo, les demostrábamos, en el mismo terreno inicuaente expoliado, que aún la causa de los Papas contaba con adalides, dispuestos á defender su soberana independencia? Los silbidos y gritos que nos lanzaron al pasar la boca del puerto una turba de chicuelos desarrapados, nos auguraron tristes acontecimientos, por fortuna no realizados, gracias á la pronta intervención de la fuerza pública, colocada en retenes de trecho en trecho de las principales calles.

Sin otro incidente, efectuóse el desembarque, trasla-

dándon
madas p
diosa m
y ostent

Un t
clases, a
diendo a
na á la
la mod
hasta lo
Tirreno

Partin
taciones
rante el
más de
después
Roma, y
un segu
Bellver
número
tando 9
ponía e
vidir la

Estam
la ciuda
mundo e

(1) El t
sias—vap
modo sig
cerdotes

dándonos á la estación por entre barreras de carne—formadas por curiosos—que acudían á presenciar la grandiosa manifestación de fe cristiana, que de modo público y ostensible hacía la católica España.

Un tren inmenso, formado por 33 wagoes de todas clases, aguardaba en Civita-Vecchia nuestra llegada, pudiendo apreciar, en el trayecto que media desde la Aduana á la Estación, las bellezas de esta ciudad, edificada á la moderna, con preciosos hoteles rodeados de jardines, hasta los que llegan, en días de marejada, las ondas del Tirreno.

Partimos á las once y veinte, sin detenernos en más estaciones que en las de Palo y San Paolo, admirando durante el trayecto las bellezas del suelo de Italia, puestas más de manifiesto en la época primaveral. Dos minutos después que á San Paolo—á las dos y diez—llegamos á Roma, y aun sin salir de la estación de Trastevere, llegó un segundo tren, conduciendo peregrinos de los vapores *Bellver*, *Buenos Aires* y *Rabat*, ascendiendo á 2300 el número de los que nos encontrábamos ya en Roma, faltando 9800, para completar los 12000 de que se componía el primer grupo, de los dos en que fué preciso dividir la peregrinación (1).

EN ROMA.

Estamos en Roma; ya contemplamos las murallas de la ciudad de los Césares, de la que fué dominadora del mundo con el peso de sus armas...

(1) El total de peregrinos que fuimos en el *Baldomero Iglesias*—vapor el más pequeño de todos—es de 585, distribuidos del modo siguiente: en 1.^a clase, 23; 54 en 2.^a y 508 en 3.^a; siendo 87 sacerdotes y 31 señoras.

¡Roma dominadora! ¿Y no tuvo más poderío cuando al dominio de las armas reemplazó el fundado sobre la caridad y el amor que une á millones de corazones, todos animados de una misma fe, de una sola y única creencia?

No sé qué sentí al entrar en la Ciudad Eterna, no así llamada por sus pasadas glorias y grandiosos monumentos, no; éstos se desmoronan y caen con la incesante labor destructora del tiempo; aquéllas pudieran olvidarse, que condición de la humana memoria es el ser fragil: es Eterna por la institución altísima hoy día aprisionada dentro de sus amarillentas y rojas murallas, por el Pontificado, cuya augusta representación encuéntrase aherrojada,—aunque con cadenas de oro,—pero cuya misión grandiosa no se puede encerrar y se extiende por el orbe entero, y crece y adquiere nuevos prosélitos, á pesar de los trabajos de la impiedad y del libertinaje. ¿Por qué dos lágrimas acudieron á mis ojos en el término del viaje? No sé si podré expresarlo, mas lo cierto es que lloré al entrar en Roma, con esas lágrimas que causan los sentimientos no del todo definidos y que llevan al espíritu del que llora un consuelo inefable, como si las dos pequeñas gotas que temblorosas resbalan por las coloreadas mejillas, fueran de plomo que abrumasen con su peso el corazón del que sufre.

Pisaba terreno propio, pisaba en la propiedad del padre de todos los católicos; quizá alguno de los edificios que ya admiraba había sido restaurado con algo de mi pequeño óbolo y todos los demás levantados con el dinero de nuestros padres y el de los católicos de toda la cristiandad... Y sin embargo de estar en una ciudad nuestra, por donación solemne, por prescripción á causa de otros títulos y por ser levantada piedra sobre piedra por la

mano de
manifest
cho el sa

Las bo
del rey
Victor M
nosotros
timas ex

¡Cuán
regrinos
que pala
sultados.

Digo i
aún dem
han perd
parte act
titánica
dia luna,
barie. ¡A
pintoresc
montaña
de la má

¡Roma
gloriosas
en desc
menes.

Su ún
cumbir l

Sí, el p
á Roma l

(1) La
braquer, c

mano del catolicismo, no podíamos dar un grito, hacer manifestaciones externas, ¡ni aun ostentar en nuestro pecho el sacrosanto lábaro de la Cruz!

Las bocas de los fusiles de la abigarrada tropa del rey, del rey que continúa la usurpación llevada á cabo por Victor Manuel, estaban preparadas para descargar sobre nosotros su mortífera carga, á la menor de nuestras legítimas expansiones.

¡Cuánto alarde de fuerza para nosotros, indefensos peregrinos dirigidos por Prelados que no habían tenido más que palabras de perdón cuando fuimos no solamente insultados, sino apedreados!

Digo indefensos, mas si las circunstancias lo exigiesen, aún demostrarían los hijos de la España católica, que no han perdido los bríos que hicieron á sus padres tomar parte activa en las cruzadas, expulsar á la morisma tras titánica lucha de ocho siglos y vencer en Lepanto á la media luna, salvando á la Europa de la esclavitud y la barbarie. ¡Aún demostrarían que en España, dentro de sus pintorescas costas, en sus feraces llanuras y abruptas montañas, hay corazones siempre dispuestos á protestar de la más odiosa de todas las expoliaciones!

¡Roma!, ¡ah!, es la ciudad de los grandes hechos, de las gloriosas conquistas, la fundadora del derecho y primera en desconocerlo, y también la ciudad de los grandes crímenes.

Su único ídolo es el puñal; bajo él había de nacer y sucumbir la libertad (1).

Sí, el puñal reinó con Rómulo, Colatino y Bruto, dando á Roma los reyes la libertad y la república; volvió á rei-

(1) *La revolución en Roma*, por el Excmo. Sr. Conde de Fabraquer, cap. XX. Madrid, 1849.

nar con otro Bruto,—el asesino de César,—llegando á su apogeo con el despotismo de los Emperadores.

Necesitaba Roma de libertad, donóse la el gran pontífice Pío IX, y el puñal vuelve á matarla, cuando asesinó, en las puertas de la Cámara, al gran ministro Rossi. Esto era poco, había que dar el último paso y los enemigos de la religión, á pretexto de la *Unidad Nacional*, posponen y relegan la justicia y se apoderan de Roma—aprisionando al Pontificado—el 20 de Septiembre de 1870.

¿Durará mucho la situación presente?

Imposible.

Ved la historia: primero el feroz Alarico asaltó por tres veces la ciudad de los Papas; más tarde Atila, que aunque se nombra «Azote de Dios,» se retira á la presencia de San León el Magno; Genserico—medio siglo después que Alarico;—Odoacro, Teodorico y Tótila; todos saquearon la ciudad de Roma, mas todos concluyeron por dejar al Papa libre y soberano de sus dominios, usurpados momentáneamente por la sed de conquistas ó movidos por el hambre que les arrojaba de los bosques en busca del necesario sustento.

Carlos V, en su amor propio herido y para defenderse de la liga contra él formada, ataca á Roma, mas luego la devuelve á su legítimo poseedor,—Clemente VII,—y como castigo divino, muere el condestable de Borbón al asaltar el castillo de Sant Angelo.

Caerán sobre ella nuevos conquistadores... El coloso del siglo se titulará rey de Roma y paseará por ella sus águilas victoriosas, mas al fin comprende la injusticia; devuelve al Papa sus estados, y quizá las lágrimas con que en su destierro regó el Peñón de Santa Elena, sean la expresión de su sincero arrepentimiento...

Sólo
los ante

Valie
la guerr
ella, no
millado
el ataqu

Todo
atraves
tecian,
pleta d
actual s

El tie
en mis

Com
mis pa
dos los
chas de
han su

Reco
magnif
y seis
lieves
crepa
demás

Si á
días d
sería

Sólo Victor Manuel era el llamado á eclipsar á todos los anteriores conquistadores.

Valiéndose de tener las potencias fijas sus miradas en la guerra franco-prusiana, atacó á Roma, penetrando en ella, no victorioso, porque no hubo resistencia, sino humillado, ¿pues qué mayor humillación puede darse que el ataque al débil, indefenso y sin protección?

Todos estos pensamientos, acumulados en mi mente al atravesar las bien empedradas calles de Roma, me entristecían, llegando á mi «albergo» con la convicción completa de que es IMPOSIBLE que dure mucho tiempo la actual situación del Pontificado.

El tiempo se encargará de decir si voy muy acertado en mis convicciones.

Impresiones de Roma.

Como el título lo indica, de aquí en adelante referiré mis particulares impresiones, por no haber visitado todos los peregrinos las mismas cosas y porque, siendo muchas de ellas de pura apreciación y sentimiento, no todos han sufrido las mismas emociones.

Recorriendo Roma á pie es como puede apreciarse la magnificencia de sus edificios, todos suntuosos, de cinco y seis pisos de altura, con estatuas, adornos y bajos relieves en sus fachadas, pudiendo afirmarse que no discrepa una casa del lujo y mérito arquitectónico de las demás.

Si á apuntar fuera todo cuanto ví durante los siete días de mi estancia en Roma, y mi particular criterio, sería menester que escribiera un libro *in folio*, saliéndolo

me del objeto que me ha guiado á publicar las notas escritas en mi libro de viaje.

Sólo referiré aquello que de modo directo va unido á la peregrinación, y las impresiones sentidas al contemplar los grandes monumentos de la Roma pagana.

Domingo 15 de Abril.

La Basílica de San Pedro y la Beatificación de Juan de Ávila.

Quédese para plumas mejores que la mía el describir la suntuosa magnificencia del mejor de los templos consagrados al culto católico. No intentaré empresa tan superior á mis escasas fuerzas, más séame lícito decir que sufrí una decepción cuando por primera vez penetré bajo sus amplias naves. Tal unidad guardan las partes de su harmónico todo, que el templo que á mis oídos había llegado con la fama de ser el mayor de la cristiandad, parecióme pequeño, ilusión deshecha al llegar á la pila del agua bendita,—magnífica obra de arte, en marmol blanco de una sola pieza, en que los angelotes que figuran sostenerla son de un tamaño de más de seis pies de altura;—ya acostumbrado á la luz y sin el aturdimiento que me causaron en un principio las molduras de oro, las columnas, estatuas y mosaicos, en que me pareció no sólo grande, sino incomensurable; al recorrer sus naves—en medio de un inmenso gentío que, como yo, esperaba el momento de la misa;—admiré los cuadros en mosaico tan perfectamente hechos, que á no estar á ellos muy

próximo, que hizo de la cúpula bellezas descubiertas encuentra

Junto a cuatro salones artísticos, —lares que lares, que Iglesia de bronce de lo encontrado consecuen el transcu

Comenzaron dieron poder dieran es tirse las p nillas que de San P del Beato Fué aque corazoner bertad de ciada pat nuevo ab bunal de

Cortas ción soler dia me re las grand

próximo, parecen copia al pincel por el mismo artista que hizo los originales. Perdíase la vista en las alturas de la cúpula, mi espíritu quería orar y, distrayéndolo las bellezas del templo, se recreaba con tantas como allí se encuentran acumuladas.

Junto al altar mayor,—gallardamente levantado por cuatro salomónicas columnas de mayor riqueza que gusto artístico,—se encuentra, en uno de los cuatro grandes pilares que sostienen la cúpula—tan grandes son estos pilares, que su base es la medida exacta del convento é Iglesia de San Carlino, en el Quirinal,—la estatua en bronce de San Pedro; al besar reverente su pie derecho, lo encontré con los dedos completamente desgastados á consecuencia del continuo posar de millones de labios en el transcurso de los siglos.

Comenzó la misa, y los cánticos de la capilla se extendieron por los ámbitos de San Pedro, para que todos pudieran escuchar tan gratas y sentidas melodías; al sentirse las primeras notas del *Gloria*, corriéronse las cortinillas que ocultaban un cuadro puesto sobre la Cátedra de San Pedro, y apareció ante nuestra vista la imagen del Beato Juan de Ávila, predicando la palabra divina. Fué aquel momento solemnisimo; del fondo de todos los corazones partió una plegaria al Santo, pidiéndole la libertad del Pontificado y la felicidad de nuestra desgraciada patria. ¡Ya teníamos un nuevo Santo! ¡Ya un nuevo abogado que nos defendiese ante el supremo tribunal de la justicia divina!

Cortas fueron para mí las dos horas que duró la función solemne de Beatificación, y cuando á las doce y media me retiré de San Pedro, bien ageno estaba de sentir las grandes emociones que me produjeron la vista de Su

Santidad, el contemplar cara á cara al Papa sabio, al gran Pontífice León XIII.

EL PAPA.

Abrigo el íntimo convencimiento de que, sin ver al Papa, es imposible que nadie se forme idea de la emoción que causa su presencia. No hay pluma que sea capaz de describirla; las poéticas inspiraciones de Chateaubriand, los viriles acentos de un discurso de Pidal, llenos de arrebatadora elocuencia, la poesía toda no lograría hacer comprender aquello que es necesario sentir.

Recuerdo perfectamente la primera vez que leí un discurso del orador católico de los grandes bríos, de don Francisco Sánchez de Castro, malogrado en la flor de su vida, y cuando tanto esperaban de él las Letras, la Patria y la Religión. Refiérome al que pronunció en la primera sesión pública del primer congreso católico español; su párrafo final, redondeado magníficamente y descriptivo como no he visto ninguno—en tantos como mis pocos años me han permitido leer,—me hizo arrancar lágrimas á raudales, envidiando á los que habían tenido la dicha de presenciar tan grandioso espectáculo como el de la vista del Papa. Mas aún no expresa en toda su grandiosidad tan solemne momento.

¡Ver al Papa!; no puedo decirlo sin que vuelvan las lágrimas á mis ojos, más abundantes que las que vertí al contemplarle.

Eran las cinco y veinte del día 15; la bullidora sangre española se impacientaba con los diez minutos de espera, tenidos bajo las amplias naves de la Basílica de San Pedro.

¡Que v
que, sin r
las auras
nardo y l
daluces.

Y un s
todo era a

Mas si
tormenta
ceptible d
era la cal
se prepar
siasmo q
sin límite

Córren
de la Pie
templar
una figur
de Sierra
tad y rea
ción y se
y creció y
juntasen
por su fu
las bóved
doso estr
mún de
que sin
verlo me
maciones
no puede
ñuelos.

¡Que va á salir, que sale!; estas fueron las palabras que, sin producir ruido, corrieron de boca en boca, como las auras matutinas llevan suavemente los perfumes del nardo y la violeta que exhalan los poéticos cármenes andaluces.

Y un silencio sepulcral reinó donde momentos antes todo era animación y murmullos no interrumpidos.

Mas si después del relámpago queda el rumor de la tormenta como en suspenso para hacer más ronco y perceptible el trueno que no tarda en sentirse, este silencio era la calma que precede á las grandes tempestades; sí, se preparaba una tempestad, pero tempestad de entusiasmo que brota de los corazones inflamados de un amor sin límites.

Córrense los rojos cortinajes que ocultaban la capilla de la Piedad de las miradas del peregrino ávido de contemplar la grandiosa obra de Miguel Ángel, y aparece una figura blanca como las nieves que coronan los picos de Sierra Nevada, venerable por su ancianidad, majestad y realeza. Un rumor confuso, vago, saludó su aparición y se agitaron los pañuelos, y el rumor tomó fuerza y creció y se oyó potente, atronador, algo así como si se juntasen todos los mares en momento tempestuoso. Era por su fuerza más bramido que grito y que resonaba en las bóvedas como si éstas se derrumbasen con estruendoso estrépito. Y, ya entra en la nave central el padre común de los fieles, ya contempla aquel mar de cabezas que sin cesar se agita, se mueve y se arremolina para verlo mejor, sin que por un momento cesase en sus aclamaciones. Los sollozos anudan muchas gargantas que no pueden gritar, y entonces los brazos agitan los pañuelos. ¡Oh supremo instante! El Papa quiere bende-

círnos é intenta incorporarse; pero es hombre y la emoción le conmueve, y quiere incorporarse, mas es en vano; cae en la silla gestatoria, llorando también como sus hijos.

¡El Papa llora! Nos ve llorar y no es insensible á nuestras lágrimas; y entonces, como movidos por una chispa eléctrica, son más frenéticas las aclamaciones, y como si éstas le dieran fuerza, el Papa logra incorporarse, bendiciéndonos por vez primera.

Ningún soberano, ningún conquistador fué jamás aclamado de modo tan sincero y ardiente, y sin que cesasen un instante las aclamaciones, avanzó entre nosotros, sin rendirle el continuo extender de su brazo para bendecirnos. La capilla entonó el *Tu es Petrus*, las 40.000 bocas que momentos antes vitoreaban al Papa-Rey, callaron, oró Su Santidad ocultando el rostro entre ambas manos y 40.000 plegarias se elevaron al cielo pidiendo la libertad é independencia del representante de Cristo en la tierra.

Después... volvió á aparecer sobre la silla gestatoria y volvió con más fuerza á manifestarse el entusiasmo; en la parte derecha de la nave central—ocupada por los españoles—se notaba que el clamoreo era más general, más grande, más imponente, y el Papa nos mostraba su mayor afecto, bendiciéndonos más frecuentemente. Se oyó por encima de todas las voces una que dijo: Españoles, el Papa se retira: ¡viva el Papa-Rey!; y fué tan unánimemente contestado este viva, que atronó con su clamoreo los ámbitos todos de San Pedro. El Papa había de distinguirnos, y tres veces fué vuelto por los que lo llevaban en hombros, y tres veces fué aclamado como si cada vezuviésemos mayores energías.

¿Qué me retenía en San Pedro? No lo sé; dejé correr

libremente
pujado
¡Hab

Lo que
pos se e

Las T
tura de
de ruin
agrieta
la idea

Penet
del imp

Una
viana n
pueblo
placeres

Aún
lo del t
baño co
en inme
mana; a
bitacion
que las
para ge
de esen

libremente las lágrimas y salí, no voluntariamente, empujado por gigantesco alud de carne humana.

¡Había visto al Papa...!

ROMA PAGANA.

Las Termas.

Lo que parecía desafiar la obra destructora de los tiempos se encuentra derruido.

Las Termas de Caracalla, más dignas por su arquitectura de admiración que el propio Colosseo, son montón de ruinas, y por los restos de sus atrevidas bóvedas, que agrietadas amenazan desplome, fórmase el que las visita la idea de su anterior grandiosidad.

Penetrando en las Termas, se concibe la destrucción del imperio romano.

Una sociedad que tenía por base y fundamento la liviana molicie, no podía resistir el ataque de los bárbaros, pueblo viril porque era sobrio y no se entregaba á los placeres que consumen, empobrecen y aniquilan.

Aún quedan restos de los mosaicos que cubrían el suelo del tepidarium—baño templado;—aún se conserva el baño común frío—frigidarium,—cuyas aguas, recogidas en inmensa piscina, oreaban las brisas de la campiña romana; aún en una gran sala circular se ven pequeñas habitaciones para los baños de vapor—laconium—en los que las matronas romanas se asfixiaban casi por completo para gozar el placer de revivir en un aire fresco saturado de esencias y delicados perfumes.

Restos de estatuas—que debieron ser colosales á juzgar por los trozos de sus mutilados cuerpos—adornan los dos grandes hemiciclos situados á derecha é izquierda del cuadro central; en los suelos y junto á las paredes hay bajorelieves y pedazos de mosaico cada vez menores, por ser raro el visitante que, á espaldas de los guardas, no les arranca un pequeño pedazo, que sirva para recordarles aquellos lugares.

El Colosseo.

Si bajo el punto de vista arquitectónico son más importantes las Termas que el Colosseo,—que al fin no resuelve ningún problema de arquitectura,—para el peregrino católico es el Colosseo el monumento más digno de ser visitado.

De forma circular, impone respeto su inmensa y sombría mole, presentando al exterior cuatro órdenes arquitectónicos superpuestos: dórico, jónico, corintio y ático, adornado con pilastras corintias.

Oprimióseme el corazón al pisar la elíptica arena donde, en pasadas centurias, millares de mártires vertieron su sangre por defender la fe de Cristo, en presencia de un populacho degradado, que presidido desde el podium por emperadores todavía más degradados, pedía ebrio de gozo nuevas víctimas á las fieras, sin que tan bárbaro espectáculo conmoviese las fibras de sus duros corazones.

Grupos de peregrinos estaban sentados en las piedras del antiguo, ya completamente derruido muro, que libraba al público de las acometidas de las fieras, demostrando

la tristeza
causaban

Oraba
donde se
cuerpos e
dos gru
trarse pe
plantas,
el grazn
las mal u
mento; e
dor, sile
nuevos v
sollozos
el cielo,
pleto el c
baric del

Al salir
ñado del
Sevilla,
co, erudi
ser dispu
en direc
la camp
indefinit

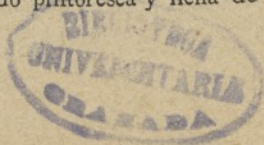
la tristeza de sus rostros, el sentimiento que en sus almas causaban aquellos lugares.

Oraban arrodillados varios sacerdotes junto al sitio por donde se arrastraban los cadáveres de las víctimas y los cuerpos de las fieras; imité su ejemplo, y como á ellos, dos gruesas lágrimas salieron de mis ojos, yendo á filtrarse por entre la tierra santificada. Las amarillentas plantas, que medio quemadas por el sol agitaba el aire; el graznido de las negras cornejas que se cernían sobre las mal unidas piedras que coronan tan grandioso monumento; el religioso silencio que reinaba en nuestro rededor, silencio no interrumpido más que por el llegar de nuevos visitantes, que no tardaban en unir sus apagados sollozos á los nuestros... Todo respira allí tristeza, hasta el cielo, que parece desplomarse para destruir por completo el circo que perpetúa, á través de los siglos, la barbarie del disoluto pueblo romano en tiempos del Imperio.

ROMA CRISTIANA.

Las Catacumbas.

Al salir de las Termas de Caracalla—siempre acompañado del joven y sabio catedrático de la Universidad de Sevilla, D. Manuel Sánchez de Castro, cuyo genio franco, erudición vastísima y amabilidad extremada le hacían ser disputado para compañero,—seguimos la Via Apia en dirección á las catacumbas de San Calixto, admirando la campiña romana, en alto grado pintoresca y llena de indefinible poesía.



Recordónos el modesto sepulcro de los Scipiones, cuán transitorias son las glorias del mundo, quedando agradablemente sorprendidos cuando, á unos dos kilómetros de este monumento, paróse el coche ante un arco de piedra, á través del cual distinguimos unos hermosos y bien cultivados jardines.

Era la entrada de las catacumbas, llena de peregrinos que acudían á visitar los lugares donde se ocultó la Religión de Cristo, huyendo de la persecución de los tiranos.

Abonada una pequeña limosna, diéronnos una vela de cerilla, y guiados por un monje trapense—que mal hablaba el español—bajamos por una ancha escalera de suave rampa, á la bóveda de entrada de las catacumbas. Á los pocos pasos, la luz fué precisa, brillando en la obscuridad más de 80 luces de otros tantos peregrinos.

Me descubrí—como otros muchos—y el padre nos explicó qué fueron las catacumbas—cementerios é iglesias;—díjonos el número de kilómetros que contaban—diez y siete,— los mártires, santos, papas y cristianos enterrados dentro de ellas—más de 50000,—llevándonos al lugar donde se encontró el cuerpo de Santa Cecilia. Yo no sé qué tiene la oración dentro de las catacumbas, que induce á continuarla, y como á remolque, seguía los pasos del monje, contribuyendo á formar la hilera de luces que dan fantástico aspecto á los corredores subterráneos, en los que á derecha é izquierda se encuentran adosados nichos en los que se ven incompletos esqueletos, costillas, cráneos y calaveras.

¡Esto has de ser!, parece que querían decirnos los restos de humanos cuerpos, asomados por entre la tierra ó completamente al descubierto. ¡Esto has de ser y aun menos!, porque todavía hemos de vernos reducidos en di-

minuto
que pis
pisada
ella: te
padres

Nuev
los, no
das nu

En u
mias—
servaci
abunda
en forn

¿Quié

La o
servada

En o
pa, y e
del Ant
Santos

Unos
de las c
cuerpo
en ellas
otros, q
todo res
suprem
cuedar
haciend
cia de u
cometic

Salin

minutos átomos, en polvo que se confunda con la tierra que pisas. ¡Ah!; ¡mas la tierra puede decirse que no era pisada!, tal era el respeto con que caminábamos sobre ella: temíamos hollar con nuestra planta lo que nuestros padres en la fe habían santificado con sus cuerpos.

Nuevos subterráneos se abrían ante nosotros y, á ir solos, nos hubiéramos en ellos perdido, sin que fueran oídas nuestras voces de auxilio.

En uno de los cubiles ó cámaras se encuentran dos momias—encerradas en cristales—en perfecto estado de conservación: una es de mujer y descansa la cabeza sobre su abundante pelo—ya picado y de un color rojizo—recogido en forma de almohada.

¿Quién sabe si aquella mujer sería hermosa?

La otra momia es de un niño y no está tan bien conservada.

En otro cubil se encuentra el féretro de San Cayo, Papa, y en muchos se ven pinturas que representan pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento y algunos retratos de Santos y Papas.

Unos más, otros menos, todos llevaron, para recuerdo de las catacumbas, tierra del lugar en que se encontró el cuerpo de Santa Cecilia, por más que la impresión que en ellas se recibe no puede borrarse nunca, y menos á nosotros, que las visitamos después de las Termas, donde todo respira molicie, todo placer, como si el gozar fuera suprema ley del individuo humano. Las catacumbas recuerdan en qué viene á parar el hombre: su pequeñez, haciendo pensar al descreído la posibilidad de la existencia de un Dios que castigue en la otra vida los pecados cometidos en el mundo.

Salimos de las catacumbas cuando el sol se ocultaba

bajo rojizas nubes en las azuladas colinas que limitan la campiña romana.

Funciones religiosas.

El lunes 16 oímos los peregrinos en Santa María la Mayore—una de las cinco grandes Basílicas de Roma—una solemne Misa, oficiando el Emmo. Cardenal Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla.

Después de la Misa, permitieron bajar á visitar el pesebre que sirvió de cuna á Nuestro Divino Salvador, impidiendo su vista el monumental y valioso relicario que lo guarda, en el que los metales preciosos, dejan muy poco hueco á los diminutos cristales, á través de los cuales ha de verse tan preciada reliquia.

Al siguiente día tuvimos la Comunión en San Lorenzo, Basílica situada extramuros, pequeña para dar de comulgar á 12000 peregrinos que nos reunimos bajo sus naves—que son tres, formadas por 22 columnas de granito y cipolino,—á pesar de la incesante lluvia que cayó durante las primeras horas de la mañana.

La Misa del Papa.

18 de Abril,

Como el día 15, cuando apareció Su Santidad en la Basílica, fué aclamado sin cesar por la concurrencia, que aunque menos numerosa, no dejaba de tener idéntico entusiasmo.

Llegó al reclinatorio, bajáronlo de la sedia y los españo-

les se
dejado
bajo d
Apóst
¿Qu

sona.
extric
bargo
no ha
simpa
llan d
hasta
las tra
presen
ras pr
palabr
cómo
mar u
menos
y no c
mundo

Veía
instan
misa!
tomar

Pass
tar; vi
la ben
conmo
cias, y

(1) D

les seguían aclamándolo, aunque más de 8.000 habían dejado de verlo cuando se ocultó tras el altar mayor, debajo del cual se conservan parte de los cuerpos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

¿Que cómo es el Papa? Bien difícil es describir su persona. Pequeño de cuerpo, enjuto de carnes, tiene sólo las extrictamente necesarias para vivir y nada más. Sin embargo de esto, no parece delgado. De aspecto bondadoso, no hay nadie que al mirarlo no sienta por él una viva simpatía. En su expresivo y siempre sonriente rostro brillan dos ojos grandes, cuya mirada parece que penetra hasta lo más recóndito como un rayo de sol á través de las tranquilas ondas de cristalino estanque. Su gallarda presencia—á pesar de sus 83 años—revela bien á las claras procede de una familia de linajuda nobleza. En una palabra: á León XIII hay necesidad de verlo para saber cómo es; no he visto ningún retrato que pueda hacer formar una idea de su persona: como hombre representa menos que en todos sus retratos, y sin embargo, católicos y no católicos reconocen que hoy es la mayor figura del mundo, el más grande de todos los hombres.

Veíalo desde la tribuna en que me encontraba, y ni un instante aparté de él mi vista. ¡Qué breve me pareció su misa! (1) ¡Qué largos los 5 minutos en que se retiró para tomar alimento!

Pasáronse éstos y el Papa apareció de nuevo en el altar; vistiéronle de riquísima capa de oro, diónos después la bendición solemne, y concluído este acto, que resultó conmovedor, oyó Su Santidad una misa en acción de gracias, y subido en un trono portátil de fondo y cortinajes

(1) Duró 35 minutos.

morados, con festones rojos; escuchó con vivísima atención el discurso del Emmo. Cardenal Sanz y Forés, presentando á los peregrinos españoles.

Toda la prensa, tanto española como italiana, se ha ocupado en términos encomiásticos de tan magistral oración, que va al final de este opúsculo, con el discurso contestación del Papa León XIII.

Yo la oí y puedo asegurar que no fué leída—como dijeron los periódicos italianos *La Voce de la Verità* y *Le Nouveau Moniteur de Rome*,—sino pronunciada como él sabe hacerlo.

Realzaba su figura majestuosa la púrpura cardenalicia, trayéndonos á nuestra memoria el recuerdo de los grandes oradores de la antigüedad, y el reposado acento con que comenzó el discurso fué subiendo de tono, y la acción correspondía tan bien á su elocuente palabra, que llegó un momento—cuando expresó la misión altísima del pontificado—que, olvidándose las 4.000 personas que pudieran oírlo, hasta del lugar donde estaban, aplaudieron entusiasmadas: tal es el poder de su elocuencia avasalladora. Volvióse su Eminencia al sentir los aplausos, extendió el brazo, hizo un gesto, cuyo significado todos comprendieron y un rubor vergonzoso coloreó sus mejillas... Desde aquel momento se ahogaron los murmullos de aprobación que pugnaban por salir de todas las gargantas.

Al concluir su discurso, quiso hablar S. S.; mas había en la Basílica 8.000 peregrinos españoles, para quienes pasaron desapercibidos la Misa y el discurso—por no presenciar ninguna ceremonia—y creyendo que era llegado el momento de dar rienda suelta á su contenido entusiástico, comenzaron con sus vivas y aclamaciones, atronando

al poc
manif
Basíli
un hin
mezcl
junto

Incl
aplaus
indeci
der le
al hij

Ter
que so
posesi
vió á
estanc
ciones
siasta
que n

¿Qu
Mu
tancia
tescos
sas fu
sias e

Entr
de Gra
de la g

al poco rato—por ser el entusiasmo contagioso—aquella manifestación de ardiente cariño, las inmensidades de la Basílica. Y los andaluces con los valencianos entonaron un himno y otro los madrileños y de Ciudad-Real, y se mezclaban cánticos é himnos, formando harmónico conjunto á pesar de su heterogeneidad.

Inclinóse el Papa para oír mejor cánticos, himnos, aplausos y vivas, sonrió plácidamente y tras un rato de indecisión, dió órdenes para que se hiciese silencio y poder leer su discurso, que lo entregó para que tal hiciera al hijo del Embajador español, Sr. Merry del Val.

Terminada la ceremonia de besar el pie á S. S.,—cosa que sólo hicieron los obreros que representaban nuestras posesiones ultramarinas y muy pocos peregrinos,—volvió á subir S. S. en la *sedia*, agitáronse 19 banderas y estandartes (1), que representaban otras tantas corporaciones y centros católicos, volvió el clamoreo más entusiasta que nunca y Su Santidad se ocultó, quizá para que nunca volvamos á verlo...

Adiós á Roma.

¿Quién no deja sin pena la ciudad de Roma?

Mucho habíamos visto en los siete días de nuestra estancia: calles formadas por suntuosos edificios, gigantescos puentes, altos obeliscos, artísticos arcos, caprichosas fuentes, paseos anchurosos, colosales estatuas, iglesias en las que no se sabe que admirar más, si la riqueza

Entre ellos estaba el estandarte del Círculo Católico de Obreros de Granada, llevado con gran gentileza y donosura por el capitán de la guardia civil D. Abelardo González.

ó el arte, bellos panoramas, derruidas murallas..., todo esto había pasado ante nosotros como las figuras de un kaleidoscopio, y si al salir de Roma nos hubieran pedido repentinamente noticia de lo visto,—hablo por lo que á mí me sucedió,—creo que no hubiéramos podido satisfacer al curioso que tal hiciera.

Algunas cosas, como el Patheón, con su atrevida cúpula y sombrío aspecto, el Moisés de Miguel Ángel, San Paolo, con sus innumerables columnas, ricos mosaicos y los ojos de diamante de San Lino, la capilla Sixtina, las catacumbas, el monte Pincio con sus poéticas avenidas y magníficas vistas, la fuente de Trevi, San Juan de Letrán, la Escala Santa y tantas y tantas reliquias como besamos, y los monumentos más importantes se aparecían ante nosotros, mas sin detalles confusos, como se distinguen desde alta mar las costas á través de la bruma durante los instantes del crepúsculo.

Hab
¡había
Suc
anhela
venir
vacío.

Mas
nosotr
sitar y
sucede
entero
que la
al Pa
clase
les es
la ind
¡Y

EL REGRESO.

Viernes 20 de Abril.

Siempre contentos.

Habíamos ya cumplido el objeto que nos llevó á Roma: ¡habíamos visto al Papa!

Sucede cuando se logra conseguir aquello que tanto se anhela, que el espíritu no se encuentra satisfecho, por venir la desilusión á dejar en el corazón humano un nuevo vacío.

Mas si esto sucede en la generalidad de las ocasiones, á nosotros, peregrinos católicos que acudimos á Roma á visitar y consolar al Padre común de los fieles, no podía sucedernos esto, porque habíamos hecho ver al mundo entero que la cuestión de Roma es la cuestión eterna, que la violación de la justicia al expoliar violentamente al Papa de sus Estados, no ha pasado á la Historia en clase de hecho consumado; que aún los católicos españoles estaban dispuestos á defender, á costa de sus vidas, la independencia del Pontificado.

¡Y hé aquí por qué volvíamos de Roma contentos...!

De Roma á Civita-Vecchia.

Salimos de Roma por la estación de Trastevere el viernes 20, á los dos y media de la tarde, y al arrancar nuestro inmenso tren, compuesto de dos wagones de 1.^a, seis de segunda y veinticinco de 3.^a, entró en el andén otro tren no menos grande, conduciendo peregrinos de las regiones vascas y catalanas.

Bien hubiéramos querido lanzar ¡un viva á España!, potente, avasallador, y otro al Papa-Rey, más sonoro y estruendoso; pudo la prudencia más que el patriotismo y nuestro amor á la libertad de la Iglesia, y nos limitamos á mover nerviosamente los pañuelos, enjugando con el dorso de la otra mano las lágrimas que la emoción hacía acudir á torrentes á nuestros ojos.

Partió el tren atravesando la pintoresca campiña romana, y nuestras miradas se dirigían á San Paolo, que dejábamos á la izquierda, admirando sus esbeltas y numerosas columnas que hermosean la fachada del mediodía y los mosaicos en ella colocados perfectamente, distinguidos con ayuda de los jmelos; perdimos de vista su torre, que semeja un faro, llegando á Palo, donde nos detuvimos cinco minutos.

Cruzamos durante el trayecto á Civita-Vecchia, con cuatro trenes de peregrinos de las mismas regiones; ya estábamos en pleno campo, nadie podía impedirnos los gritos en honor del Vicario de Cristo en la tierra y de nuestra querida patria.

Así lo hacíamos al cruzar los trenes de nuestros compatriotas. ¡Oh, y qué sublime es dar en tierra extranjera

un viva á
res, en cu

Á las c
la menud
tante la c
el magníf

Es el S
capaz so
él alguna
biera fáci
amabilidad
Macías, t
que disgr
das clase

Levárc
salió del
bordo; el
proa, ob
pocos mo

Pasó a
los pañue
sin que e
bir las fr
las de jac

El ma
hermoso
rearse, re
cirse que

un viva á la patria que es contestado por millares de seres, en cuyo pecho late idéntico entusiasmo!

En el «Montevideo.»

Á las cinco menos minutos llegamos á Civita-Vecchia; la menuda lluvia, que hacía largo rato caía, molestó bastante la operación del embarque, cosa que verificamos en el magnífico vapor *Montevideo*.

Es el *Montevideo* un hermoso vapor con tres palos, y capaz solamente para unas mil personas, alojándose en él algunas más de este número; esta incomodidad se hubiera fácilmente sobrellevado á tener la tripulación más amabilidad; pero exceptuando al mayordomo D. Rafael Macías, todos los demás usaban de modales poco... finos, que disgustaron en gran manera á los peregrinos de todas clases.

Leváronse anclas á las siete y cuarto y poco después se salió del puerto, cuando aún se encontraba el práctico á bordo; el temporal rompió la cadena de una de las de proa, obligándonos á volver al puerto y partiendo á los pocos momentos, una vez compuesta esta pequeña avería.

Pasó ante nosotros el *Bellver*, despidiéndole agitando los pañuelos, y correspondiéndonos de la misma manera, sin que el mar, agitado y revuelto, nos permitiese percibir las frases que nos dirigían, que no serian otras que las de ¡adiós!, ¡buen viaje!, por nosotros pronunciadas.

El mar se agitaba azotando con furia las bandas del hermoso trasatlántico; los peregrinos comenzaron á marearse, rezándose á las nueve el Santo Rosario, puede decirse que en familia, y acostándose todos poco después,

para dar el necesario descanso á sus cuerpos, al cabo de siete días de continuo movimiento en Roma.

Lance cómico.

Mas cuando fuí yo á verificarlo, ocurrióme un suceso que, por lo cómico, merece ser referido.

Entré en mi camarote, sorprendiéndome en alto grado encontrar mi litera ocupada, y suponiendo sería que mi compañero D. Pedro Bohorques habíase acostado en ella para mayor comodidad, no quise ocupar la suya sin antes darle la agradable noticia de haber encontrado tabaco habano, librándole ya de fumar el detestable que á caro precio expenden en Italia.

Coloqué la escalera y desde ella di dos golpecitos en la cabeza al que suponía fuera mi amigo, en medio de las risas ahogadas de los otros dos compañeros ya acostados.

¡Cuál no sería mi sorpresa al ver asomar por entre las sábanas un rostro completamente desconocido!

Pedíle mil perdones y cortésmente le expuse la pretensión de que, siendo á mi modo de creer, aquella mi litera, esperaba de su amabilidad me la dejase completamente franca.

El usurpador,—pobre hombre que practicaba la máxima que el derecho á la comodidad es innato y natural en el ser humano,—asomaba como doncella pudorosa—sin cesar de subirse el embozo hasta tapar el barbuquejo,—nada más que dos enormes bigotes negros y retorcidos, por tener la frente sepultada entre las almohadas.

¡Vamos, que concluye por pegarme!, decía para mí; y ya me disponía á tocar el timbre, llamando en mi ayuda

al camarero
que le daba
tamente de
pero que l
así que me

Salíme,
como nota
reían dos p
gía, y á ell
der las gra
vanta!»

Acostém
las tres de
nuestro co
nos de sob
por la entr
dole pensa
co, que ha

Este sol
gada del 2
de ocurrir

Durant
biendo al
de Lión.

Al leva
de un día
mieron n

al camarero, cuando me indicó que no se levantaba *porque le daba fatiga*, hallándose como se hallaba completamente desnudo, vestirse ante mis indiscretas miradas, pero que lo haría sin necesidad de juicio de desahucio, así que me saliese al próximo pasillo.

Salíme, y al poco rato lo hizo él; mas al marcharse, como notase que tras las cortinillas de las dos literas reían dos personas, quiso dar una muestra de viril energía, y á ellos dirigiéndose, les dijo: «Si no fuese por perder las gracias de la peregrinación, ¡ni Napoleón me levanta!»

Acostéme después de reír con todos el incidente, y á las tres de la mañana las voces de auxilio, dadas por nuestro compañero D. José Camps, nos despertaron llenos de sobresalto. Una ola gigantesca había penetrado por la entreabierta *porta*, inundando su litera y haciéndole pensar, al ser despertado de modo tan brusco y *fresco*, que había ocurrido alguna desgracia.

Este solo dato probará el estado del mar en la madrugada del 21; mas esto sólo eran amagos de lo que había de ocurrir en todo este día y parte de su noche.

El golfo de Lión.

Sábado 21 de Abril.

Durante la noche habíamos atravesado el Tirreno, subiéndolo al N. de la isla de Córcega para entrar en el golfo de Lión.

Al levantarnos, el mar ostentaba toda su sublimidad de un día encapotado y tempestuoso. Los pocos que comieron no se aprovecharon del alimento, y todos, ex-

cepto algunos privilegiados, sufrieron las *delicias* del mar, siendo raros los que lograron hacer la comida de la tarde; la tormenta iba creciendo, obligando al *Menorquin*, que partió con peregrinos poco después que el *Montevideo*, á llegar de arribada forzosa al puerto de Gagliari, en la isla de Cerdeña.

Por la noche, una vez tomado el té, el Sr. Conde de Orgaz, el Sr. Bohorques y mi humilde persona, subimos á popa á gozar del majestuoso espectáculo del mar alborotado.

Las olas bramaban, barriendo de vez en cuando la cubierta, y el vapor, con una marcha de 10 millas,—vertiginosa para el temporal por llevar viento de proa,—dejaba tras de sí una rizada estela de un verde precioso, y que la luna,—única nota alegre de aquel cuadro,—iluminaba, cuando los claros de las nubes le permitían mandar tímidamente sus plateados rayos, para que rielasen sobre las encrespadas aguas que ya sumían al buque en los más hondos abismos, ya lo elevaban á inmensurables alturas.

En aguas españolas.

Domingo 22 de Abril.

Todo, y más el sufrimiento, tiene término en esta vida; y tras tormentosa noche,—en la que estuvimos á punto de ir á pique por haberse metido el *Montevideo* en un bajo de arena,—amaneció el domingo con un día espléndido, calmándose poco á poco el viento que tan malos ratos nos dió en la pasada *singladura*.

Dijéronse dos misas, oídas por los pocos fieles que es-

taban en d
cuando sal
llenando la
lló bien pr
nutos se di

No se pe
media lleg
embarcand
días de nu
dad de los

Efectuad
que nos ha
señores D
llano, y B
una y tre
nistrol, y
ferrocarril

Silbó e
rails, atra
almendros
cuyos ran
vera su se
variado y
y floridas
sca, ya bo
tañas en
cuerdan l
ya monte

taban en disposición de levantarse, y como los caracoles cuando sale el sol, después de horrisona tormenta, fuéese llenando la cubierta de peregrinos, en cuyos rostros brilló bien pronto la alegría, cuando á las doce y diez minutos se divisó la española tierra.

No se perdonó ni almuerzo ni comida, y á las cinco y media llegamos á Barcelona sin novedad alguna, desembarcando acto seguido para poder emplear los tres días de nuestra estancia en Barcelona, en visitar la ciudad de los condes y el histórico santuario de Monserrat.

MONSERRAT.

Efectuado el trasbordo el día 23 al vapor *Alfonso XII*, que nos había de conducir á Málaga, fuí en unión de los señores D. Blas Jesús Oliva, ilustrado Sacerdote sevillano, y Bohorques, á la estación, para que el tren de la una y treinta y tres nos condujese á la estación de Monistrol, y en ésta subir al monasterio de Monserrat en el ferrocarril de Cremallera.

Silbó el tren, y al deslizarse rechinando sobre sus rails, atravesó por entre una calle de floridos rosales, de almendros cargados de verde fruto y otros árboles, en cuyos ramos frescos y lozanos había impreso la primavera su sello juvenil. El trayecto hasta Monistrol es muy variado y pintoresco; ya se ven valles rodeados de verdes y floridas madre selvas, que el Besós fertiliza y hermosa, ya bosques de pinos y altísimos eucaliptus, ya montañas en las que todavía quedan torreones que nos recuerdan los antiguos castillos feudales á que pertenecían, ya montes como el Tibidabo y San Lorenzo, ya ruinas

como las de la antigua Egara, hoy Tarrasa, y por todas partes exhuberancia de vegetación ó pintorescos paisajes, como sucede al atravesar los numerosos túneles que se encuentran antes de llegar á Olessa de Monserrat, estación desde la que se distingue el monasterio en el centro de una abrupta montaña, coronada por enormes piedras que parecen sostenerse sólo por prodigios de equilibrio.

En Monistrol pasamos al ferrocarril de Cremallera, colocándose la máquina detrás de los wagones para evitar que éstos se desenganchasen, ocurriendo una catástrofe al subir la pendiente que conduce al monasterio.

Confieso ingenuamente que no sé describir las bellezas del paisaje que mi vista contemplaba. Bajo nosotros corría el manso y murmurador Llobregat, y al ascender por la montaña (1), inmensas simas se abrían ante nosotros, bordeándolas el ferrocarril, hasta asomar por ellas sus estribos en algunas ocasiones. Á toda la montaña domina el pico de Caball Bernard, y tanto éste como los demás parece van á derrumbarse aplastando con su mole al que lo contempla.

Todo es grandemente bello, mas nada hay comparable con el valle regado por el Llobregat, río que aprisiona á la montaña con un cinturón de plata.

Triste, pero grandiosa, es la arquitectura del histórico monasterio. Allí, donde sólo pueden anidar águilas, llamó la Madre de Dios á unos pastorcillos con divinos res-

Para juzgar de las bellezas de esta montaña, bastará oír exclamar á Flores «que no puede averiguarse si es alcázar de torres ó baluartes, si ramillete compuesto de montañas, ó montañas en forma de ramillete»,—citado en «La Historia de la imagen y santuario de nuestra Señora de Monserrat, y viaje pintoresco á sus cuevas subterráneas, por D. Juan Martí Canto.

plandores
dola, se l
que de este
á adorarla

La Igle
predomin
impresión
ma; pero
venerada
ante el al
agujas de
mención
están ma

El sol
hicimos u
mos al tr

En Mo
po de m
cruz red
gracia ó
mente lo

Envol
de Mons
los ojos

(1) Es
bre, que

plandores y celestiales armonías, para que, descubriéndola, se la edificase un templo digno de su majestad, y quede este modo los hombres de todas las naciones fueran á adorarla y á pedirle protección y ayuda.

La Iglesia del Monasterio, de estilo compuesto, aunque predominando el bizantino, no puede producir grande impresión, después de haber visitado las Basílicas de Roma; pero no íbamos de turistas: íbamos á orar ante la venerada imagen. Así lo hicimos, deteniéndonos después ante el altar mayor, de estilo gótico, como las preciosas agujas de los tornavoces de ambos púlpitos, dignas de mención especialísima, en unión de las cristaleras en que están magistralmente pintados los misterios de María.

El sol se ocultó tras la mole sombría de la montaña, hicimos un ramillete de silvestres flores y otra vez volvimos al tren, descendiendo por aquellos precipicios.

En Monistrol (1) dirigí la mirada á las alturas del grupo de montañas, y al contemplar en sus altas cimas la cruz redentora, plantada allí en recuerdo de alguna desgracia ó para señalar alguna tumba, viniéronme á mi mente los versos del cantor de las Ermitas de Córdoba:

Qué alta está la ermita,
la cruz qué alta,
para llegar al cielo
¡cuán poco falta!

Envolvía en suaves tintas el crepúsculo las montañas de Monserrat, cuando volvimos á pasar ante ellas, sin que los ojos se cansaran de contemplarlas; cerró la noche y el

(1) Estación única del ferrocarril de Cremallera del mismo nombre, que la aproxima en la vía general.

tren se internó por los túneles encontrados antes de llegar á la estación de Olessa.

.

Á BORDO DEL «ALFONSO XII.» (1)

De Barcelona á Málaga.

Miércoles 25 de Abril.

Á las dos y media de la tarde levó anclas el *Alfonso XII* con rumbo á Málaga, pero pasando antes á la vista del puerto de Almería, para que desembarcasen los 70 peregrinos que iban de esta ciudad.

La navegación se presentaba felicísima; el mar tranquilo, dejaba deslizarse majestuosamente al buque sin oponerle resistencia, antes al contrario, parecía que sus ondas rendían homenaje al hermoso trasatlántico, apartándose cortésmente ante la cortante arista de su proa, engalanada con precioso mascarón.

(1) Es el vapor *Alfonso XII* uno de los buques más hermosos que posee la Compañía Trasatlántica; pertenece á los llamados de lujo, teniéndolo en gran manera desplegado en las salas de música y comedor, cuyos divanes, tapizados con rico peluch, son de un delicado color amarillo, teniendo en sus paredes frescos cuadros y acuarelas de las firmas más reputadas. Su armadura es de las llamadas en términos náuticos *brik-barca* (cuatro palos); su eslora tiene 129 metros, 14 de manga y 11 de puntal; sus toneladas son 5.206 de registro y 9.500 de desplazo; máquina de 9 calderas de triple expansión y 9.000 caballos de fuerza, andando sin forzar la máquina á razón de 14 millas por hora.

El so
ñase la

Dejál

bierta l

las ban

ofrecía

ocultab

de las c

ban has

meras c

tinguía

y grav

nando c

boles d

sobresa

de la ig

juich, e

des sie

ciones.

Nadi

y todos

ció la c

cerlo.

Desp

la espir

la Mac

dida, e

acompa

Rezó

(1) B

que, cor

El sol brillaba en el horizonte, sin que una nube empañase la nitidez de sus rayos.

Dejábamos á Barcelona y los pasajeros todos (1) en cubierta los más, otros en los palos y ocupando totalmente las bandas, se recreaban con el hermoso panorama que ofrecía la ciudad, pareciendo, por las ligeras brumas que ocultaban las montañas del fondo, una población surgida de las olas y la distancia nos hacía creer que éstas llegaban hasta besar cariñosas el pie de las innumerables palmeras que por entre las velas y palos de los buques distinguíamos en el paseo de Colón, del que airosa, esbelta y grave, se levanta la estatua del genio genovés, dominando con su altura y sobresaliendo del resto de los árboles de la florida Rambla, como en centurias anteriores sobresalió de las arterías de la envidia y de la oposición de la ignorancia. Á estribor, el rojizo castillo de Monjuich, en cuyo cerro rizaban las brisas sus lozanas y verdes siembras, lo mismo que las de sus poéticas estribaciones.

Nadie se cansaba de contemplar tan bello espectáculo y todos nos retiramos á comer cuando á las cinco anunció la campana que había llegado el momento de hacerlo.

Después de la comida hubo velada musical, en la que la espiritual y simpática Srta. D.^a Margarita Gámez de la Macorra lució sus dotes artísticas, siendo muy aplaudida, en unión de un profesor de piano almeriense que la acompañaba.

Rezóse el Santo Rosario á las ocho y media, siendo can-

(1) Bueno será advertir que ya no íbamos sólo peregrinos; el buque, correo de La Habana, llevaba pasajeros de todas clases,

tada la Letanía con gran solemnidad. Hora tras hora, estuve contemplando el mar, á quien la luna prestaba toda clase de encantos.

Jueves 26 de Abril.

El Sr. Obispo de Málaga, comprendiendo que no había de marearse, dada la tranquilidad absoluta del mar, dijo una misa, oída por cuantos pasajeros tuvieron de ella conocimiento.

Pasóse la mañana sin incidente alguno, doblando sin marejada el Cabo de Palos á las doce y media, lo mismo que el de Gata, que lo fué á las seis y media de la tarde, cuando nos encontrábamos comiendo.

¡Qué diferencia de la ida en el *Baldomero Iglesias*, en que se mareó hasta el capitán, al regreso en el *Alfonso XII*, en que todo era animación y alegría, recreándose los peregrinos con las bandas de delfines que ante el buque cruzaban y los saltos que fuera del mar daban multitud de peces de diversos tamaños...!

Á la vista de Almería.

Paró el *Alfonso XII* repentinamente y un cañonazo y el disparo de cohetes nos anunciaron que estábamos frente al puerto de Almería; desde éste nos contestaron con cohetes y luces de bengala, llegando á nosotros, en los momentos de menos bullicio, el alegre repique de las campanas con que éramos saludados.

El Sr. Obispo de Málaga dirigió la palabra á los peregrinos de Almería con un elocuentísimo discurso, diciendo que dos sentimientos contrarios llenaban por comple-

to su
térmi
mos
vais
habéis

Ext
les qu
regrin
nera d
católic
grarán
sectas
tas fu
aplaus
peregr
tos cor

El S
bio Sa
rato, y
molca
ronse
lemne
furtiva
pudier

Las
puso c
mo en
prolon

to su corazón. Uno, dijo, de inmensa alegría, por el feliz término de nuestra jornada y los favores que de Dios hemos recibido; otro de tristeza que me abruma, porque os vais vosotros, que sois mis hijos, porque como tales me habéis sido confiados por vuestro Pastor.

Extendióse después en otras consideraciones, rogándoles que no olviden nunca lo que aprendieron en esta peregrinación, que sigan practicando la *unión*, única manera de ser algo y de conseguir nuestras aspiraciones. Los católicos unidos en los amorosos lazos de la caridad, lograrán contrarrestar las perniciosas influencias de las sectas antirreligiosas, que tanto mal están causando. Estas fueron sus últimas palabras, acogidas con grandes aplausos y vivas al Papa-Rey, al Obispo de Málaga, á la peregrinación y peregrinos de Almería, contestando éstos con vivas á los de Málaga.

El Sr. Arcipreste de la Catedral de Almería, D. Eusebio Sánchez Sáez, fué vitoreado por espacio de largo rato, y al embarcar los peregrinos de Almería en el remolcador que había de conducirlos al puerto, repitieronse los vivas de una y otra parte, viéndose en tan solemne momento á más de un caballero que se enjugaban furtivamente las lágrimas, avergonzados de llorar como pudieran hacerlo los niños...

Las nueve de la noche eran cuando el *Alfonso XII* se puso otra vez en marcha; rezóse el Santo Rosario y como en la noche anterior, también hubo velada, que se prolongó hasta las once de la noche.

EN MÁLAGA.

Viernes 27 de Abril.

Después de tomado el desayuno, anclamos frente á Málaga—á una milla del puerto,—verificándose el desembarque con gran marejada, que hizo menester un remolcador para poder llegar al puerto.

De éste fuimos á la Catedral, donde se cantó un solemnísimó *Te Deum* en acción de gracias, pronunciando el Sr. Obispo una breve y sencilla plática, en la que nos exhortaba, como la noche anterior lo hizo en el buque, á que practicásemos la unión, y que no olvidásemos las enseñanzas aprendidas durante nuestra corta estancia en Roma.

Al terminar el Sr. Obispo su elocuente plática, fué vitoreado por todos con frenético entusiasmo, dándose vivas además al Papa-Rey, Peregrinación y peregrinos, todos contestados con el mismo entusiasmo, y sintiendo todos que hubiera llegado el momento de la separación, que nadie deseaba, después de la entrañable fraternidad y sin igual concordia que reinaron en las *tres semanas de peregrinación*, que en aquel instante concluían para los de Málaga.

Á GRANADA.

CONCLUSIÓN.

Hubo precisión de agregar al correo dos wágones más, cosa que hizo retardar la hora de la salida en algunos minutos; en las estaciones del tránsito éramos cariñosa-

men
de l
mien
para
ción
desis
por
estre
hici
en A
cinc
E
cion
á es
U
resu
bien
dar
i
deci
fui
nue
feli
viaj

F
inq
disp
pen
her
RE

mente despedidos, y al llegar á Bobadilla, los peregrinos de la provincia de Córdoba nos manifestaron el sentimiento que les causaba separarse de nosotros, quizá para siempre; pero que no obstante la necesaria separación, siempre y en todo tiempo podíamos contar con un desinteresado afecto y amistad sincera é inquebrantable, por fundarse en la religión, vínculo que á todos une con estrechos é indisolubles lazos; análogos ofrecimientos les hicimos de nuestra parte, repitiéndose la misma escena en Antequera, donde descendieron varios peregrinos y cinco peregrinas.

En la provincia de Granada dejamos en diversas estaciones á unos diez y ocho peregrinos, llegando nosotros á esta última población á las ocho de la noche.

Un inmenso gentío llenaba por completo el andén, que resultaba pequeño para contener á la multitud, que también se aglomeraba en las afueras para vernos y saludarnos.

¡Ya estábamos en el término de nuestro viaje!, y agradecidos á los favores que durante él habíamos disfrutado, fuimos á dar gracias á Nuestra Señora de las Angustias, nuestra Madre y Patrona, á cuya protección debimos el feliz arribo, sin que nos ocurriera desgracia alguna en viaje tan largo y peligroso.

Fuimos á Roma á dar testimonio de nuestra adhesión inquebrantable al Pontificado, y á decirle que estábamos dispuestos á dar nuestra sangre en defensa de su independencia y libertad; no hay duda alguna que esto lo hemos conseguido; nuestro grito de ¡VIVA EL PAPA REY! ha sido tan potente y atronador, que repercu-

tiendo por los ámbitos todos del mundo, ha servido para demostrar que la cuestión de Roma es ETERNA como la institución que representa, y que jamás tendrá la iniqua expoliación llevada á cabo con los Estados pontificios, lo que en el derecho internacional se ha dado en llamar «la sanción de los hechos consumados.»

Lo que pugna contra la Justicia nunca puede ser justificado.

Carezco de la autoridad necesaria para extenderme en otro orden de consideraciones, mas al dar gracias á Dios porque me ha permitido llegar al término de esta obrita, —escrita sin pretensiones de ninguna clase y sólo con el objeto de conseguir allegar algo para el exhausto erario de San Pedro, cada día más pobre, perpetuando además el glorioso hecho de la *Peregrinación Obrero Española á Roma en 1894*;— no tengo palabras bastantes para encarecer la lectura de los últimos párrafos del discurso de Su Santidad León XIII.

En ellos nos dice que *es necesario que todos los católicos españoles, sin excepción, se persuadan que el bien supremo de la religión, reclama y exige de su parte UNIÓN y concordia*: encárganos asimismo la sujeción á los poderes constituídos, tanto más si se tienen en cuenta las condiciones de piedad y devoción de la Reina que actualmente rige nuestros destinos; como hijo sumiso obedezco las indicaciones de nuestro Padre común, y las obedezco gustosísimo, congratulándome en gran manera que el Episcopado español, por boca de su primado el Cardenal Monescillo, Arzobispo de Toledo, y del Obispo de Huéscá, hayan excitado á los católicos españoles á practicar la *unión* cuyas bases señalan y cuyos beneficios á todos se alcanzan.

Déj
das la
desea
lo mar
otro c
¡Oh
nume
y ven
paro c
para e
Mas
que la
ción d
ción d

Déjense á un lado las disidencias, el amor propio y todas las demás cuestiones que dificultaban la *unión* tan deseada; el Papa lo ha dicho, el Papa lo quiere, el Papa lo manda. Si los católicos queremos triunfar, no tenemos otro camino que seguir sus indicaciones: *unirnos*.

¡Oh! Hagámoslo así y no nos veremos, siendo los más numerosos, como aún lo somos, maltrechos, humillados y vencidos por los sectarios de la impiedad, que al amparo de leyes liberales, trabajan unidos en apretado haz para extinguir al catolicismo.

Mas no conseguirán su propósito, porque está escrito que la Iglesia es indefectible y durará hasta la consumación de los siglos, formando un solo rebaño bajo la dirección de un sólo Pastor.

DISCURSO

del Emmo. Cardenal Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla,
en la recepción de los peregrinos españoles, el día 18 de
Abril de 1894.

BEATÍSIMO PADRE: En presencia de Vuestra Santidad, Vicario de Cristo en la tierra, se postra hoy la España Católica. Representanla los que aquí están congregados de todas sus diócesis y provincias. Obispos y clero, maestros de la juventud y discípulos, nobles, hombres de la industria y hombres del trabajo. Estos sobre todo, porque la mayor parte pertenecen á la clase de los que comen el pan con el sudor de su rostro. Ellos en especial tienen esa representación, ya que en gran número han venido á expensas de aquellos que, no pudiendo hacerlo por sí, han dado su óbolo á los pobres y los envían como legados suyos.

Quisieron presentarse á Vuestra Santidad durante el año feliz de vuestro Jubileo Episcopal, cuando lo verificaron los católicos de otras naciones, para dar testimonio de su fe, de su firme adhesión á la Cátedra de Pedro y de su amor filial á Vuestra Santidad, bendiciendo á Dios que, habiéndoos dado sabiduría y prudencia grande en extremo, y anchura de corazón como la arena que está en la playa del mar, os conserva con admirable vigor y fortaleza para enseñar la verdad, defender la justicia, y promover los intereses de la religión y de la sociedad.

Con harto dolor suyo no lograron entonces su deseo, y sólo les fué dado unirse en espíritu á aquellas manifestaciones. Por ello saltaron de gozo, y creció en sus pechos el ardor y el entusiasmo, cuando les fué dicho que Vuestra Santidad prorrogaba para los españoles el período de las peregrinaciones jubilares, reservando también para estos días la solemnidad de la Beatificación del por tan-

tos título
Andalucía
sea cum
Veneranda
pañada

Gracias
á tantas
tra patr
reconoci
cha en u
en el pu
Colegio
industri
venen el
diquen
que los
los últim
lidad, e
y á Vue
de Espa
Pastor
enemig
con los
por lo c
ria da
Dios se
el mun
les se c
al honc

Hijos
postran
daron s
la patr
abierto
en toda
el Con
lloran,
entre l
en que
y una

tos títulos Venerable Maestro Juan de Avila, Apóstol de Andalucía y gloria de España, y adelantando, para que sea cumplido el gozo, la de otro Apóstol de Andalucía, el Venerable Diego José de Cádiz, cuya memoria va acompañada de bendición en todos nuestros pueblos.

Gracias, Santísimo Padre, por esta dignación, añadida á tantas pruebas de singular amor con que honráis á nuestra patria, entre las cuales nos place recordar hoy muy reconocidos la generosa cesión del Palacio *Altemps*, hecha en uso y usufructo al Episcopado Español, para que en él pueda tener estabilidad y prosperar rápidamente el Colegio de clérigos españoles, fundado hace poco por la industria y celo de piadosos sacerdotes, en el cual los jóvenes elegidos en cada Diócesis por sus Prelados, se dediquen bajo el amparo de Vuestra Santidad, á estudios que los perfeccionen intelectual y moralmente. Venimos los últimos, pero á nadie cedemos la primacía en la fidelidad, en la adhesión y en el amor á la Sede Apostólica y á Vuestra Santidad. La historia da testimonio de la fe de España, de su acendrada devoción y amor al Supremo Pastor de la Iglesia, y de su constancia en combatir á los enemigos de la religión, peleando por más de siete siglos con los sectarios de Mahoma hasta arrojarlos de su seno, por lo cual mereció llamarse la nación católica. La historia da testimonio también de que por esto le concedió Dios ser patria de grandes héroes, de sabios célebres en el mundo entero, y de admirables santos, entre los cuales se cuentan los que Vuestra Santidad eleva estos días al honor de los altares.

Hijos de aquellos son, Beatísimo Padre, los que hoy se postran ante Vuestra Santidad. Heredaron su fe, heredaron su amor á la Iglesia, y su celo por la religión y por la patria. Lloran con dolor profundo que en ésta se haya abierto la puerta al error y á la herejía, y no se conserve en toda su entereza la unidad católica mantenida desde el Concilio III de Toledo y el reinado del gran Recaredo: lloran, que elementos de discordia se hayan introducido entre los hijos de España, y anhelan llegue pronto el día en que desaparezcan, para que, siendo todos un corazón y una alma con una misma fe, un solo labio y una mis-

ma y única aspiración, recobre la nación amada su esplendor y su grandeza. Resueltos están á procurarlo en la medida de sus fuerzas, y sobre todo con su proceder sinceramente católico.

¿Cómo no hacerlo? Hijos vuestros son, Santísimo Padre, y por lo tanto dóciles á vuestras enseñanzas. Dios os ha constituido maestro de la verdad y doctor de la justicia, y han llenado los ámbitos de la tierra vuestras palabras de vida y de salud. Ellos las escucharon cuando por maravillosa manera explanasteis la doctrina católica sobre la constitución cristiana de los Estados, sobre el principado político, sobre la legitimidad del poder y la santidad de la obediencia, sobre la libertad verdadera y los deberes de los católicos en la vida social, sobre la dignidad del matrimonio, base de la familia, sobre la vida cristiana, sobre el fomento de la verdadera ciencia y la restauración de la filosofía, y sobre el espíritu de asociación para promover la piedad y estrechar los lazos de la caridad propia de hijos de Dios y de la Iglesia. Las han escuchado, cuando habéis puesto al descubierto lo que son, y qué camino llevan las impías sectas de perdición, que tienden lazos y redes para apresar á los hombres, á quienes quieren y procuran tener por amigos, ó más bien por esclavos, y cuya aspiración es destruir hasta en sus cimientos todo el orden religioso y civil, establecido por el cristianismo, levantando á su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del *Naturalismo*. Las han escuchado igualmente, cuando repetidas veces habéis inculcado la necesidad de la concordia entre los católicos, subordinando al interés de la religión todo lo que es puramente humano, secundario y transitorio, y buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, para que en las familias y en los pueblos reine el Príncipe de la paz, Cristo Jesús, Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Su presencia ante Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, es una prueba de que han oído con respeto y amor esas saludables enseñanzas, y de que quieren con toda el alma ordenar, según ellas, su conducta en el orden individual, en el de la familia y en el de la sociedad.

Con em
para extin
se apague
mo, que
puramente
unos cont
trabajado
bre la lum
religión, y
que es su
en la tier
peración l
Santísimo
mado la d
ca bastant
doctrina d
arrancado
llevase á
que cont
esas ense
abunda en
deberes, y
tos, tanto
para acre
á los que
lo necesar
fe en las
al cielo de
la esperan
y el mun

Este es
vuestros
que sois
procuráis
con sabid
del que d
cargados
sincero a
dos, dará
á vuestro

Con empeño se ha trabajado y se trabaja por muchos para extinguir la luz de la fe en los pueblos, á fin de que se apague la llama de la caridad, é impere sólo el egoísmo, que todo lo explota para satisfacer sus aspiraciones puramente terrenas, separando, aislando, armando á unos contra otros como enemigos encarnizados. Se ha trabajado y se trabaja para arrancar de la mente del pobre la lumbre de la fe, y de su alma el sentimiento de la religión, y de su corazón la esperanza de un bien eterno, que es su tesoro, engendrando ansia frenética de gozar en la tierra, odio de muerte á quien en ella posee, y desesperación horrible que prepara destrucción y ruinas. Vos, Santísimo Padre, habéis salido al encuentro, habéis tomado la defensa de los pobres obreros, y en vuestra nunca bastante alabada Encíclica *Rerum novarum*, enseñáis doctrina que, como luz venida del cielo, ha subyugado y arrancado aplausos hasta de los no católicos, y que si se llevase á la práctica, resolvería fácilmente los problemas que conturban á las naciones. Procuráis, por medio de esas enseñanzas, estrechar con lazo de caridad al que abunda en bienes y al que carece de ellos, declarando sus deberes, y los derechos que nacen del cumplimiento de estos, tanto á los que consagran sus bienes á la industria para acrecentarlos, y toman el nombre de patronos, como á los que cooperan á ello con su trabajo para procurarse lo necesario á la vida con el sudor de su rostro. Brille la fe en las inteligencias; con su luz purísima miren todos al cielo donde sólo se encuentra el bien sumo que alienta la esperanza; arda poderosa la caridad en los corazones, y el mundo se salvará.

Este es vuestro anhelo, Santísimo Padre: este es el de vuestros hijos aquí presentes. Ellos os dan gracias, porque sois el protector y el padre de los pobres obreros, y procuráis su alivio y su bienestar con amor de padre y con sabiduría de maestro, que hace en la tierra las veces del que dijo: *«venid á mi todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré.»* Recibid el testimonio de su sincero agradecimiento. Patronos y obreros aquí reunidos, darán pública prueba de él, ajustando su conducta á vuestras enseñanzas y consejos, para contribuir, en la

parte que les toca, al logro de los santos y benéficos fines que se propone Vuestra Santidad.

Habládnos, Santísimo Padre, porque sois el maestro infalible de la verdad, el Pastor supremo de la grey de Cristo, y que, haciendo sus veces, tenéis palabras de vida para confirmar á los hermanos, y decís á todos: «este es el camino, andad por él, y no torzáis á la diestra ni á la siniestra.» Hijos vuestros, os escucharemos prontos siempre á obedecer, y seguros de que obedeciéndoos, obramos según el espíritu de Dios.

Entre tanto, deploramos con Vuestra Santidad la conculcación de los derechos de la Sede Apostólica, y la situación angustiosa á que se ve reducida por sus enemigos: eleyamos nuestras plegarias al cielo para que abrevie los días de 'a tribulación, y pedimos que prolongue dilatados años vuestra vida, Beatísimo Padre, derramando en vuestro corazón consuelos celestiales, según la medida de los dolores que le apenan, y fortaleciéndoos como hasta ahora para gloria de Dios, triunfo de la Iglesia católica y salvación de la sociedad.

DISCURSO DE S. S. LEÓN XIII Á LOS PEREGRINOS ESPAÑOLES.

Grande es el espectáculo, hijos amadísimos, que en este día se ofrece á nuestra mirada conmovida. Es toda la España católica con sus lejanas colonias quien, representada por vosotros, creyente y devota, rinde nuevo y maravilloso homenaje al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y á Pedro que siempre permanece en el Pastor supremo de la Iglesia.—Esta solemne manifestación de fe y de inalterable acatamiento, hecha en Nuestra persona, al Vicario de Jesucristo, y que vosotros ofrecéis ante el mundo, es dignísima corona de tantos festejos con que la piedad de los fieles ha querido honrar Nuestro Jubileo Episcopal. Hemos visto á Nuestros amados hijos de las

otras nac
con espec
amor; per
imponen
católica E
varse la p
á los dem
que todos
aún será

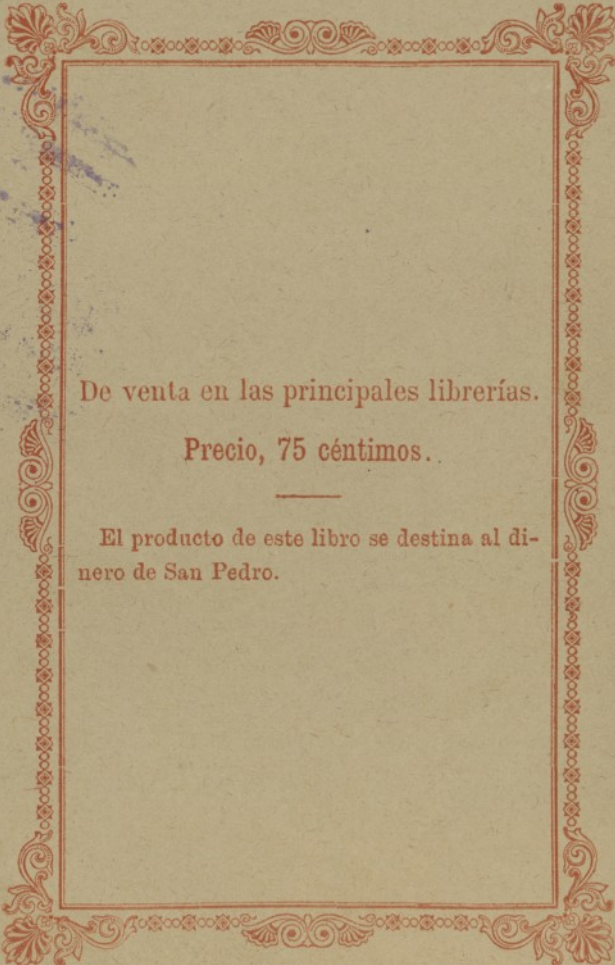
La hist
con razón
Inflexible
y las ase
me con h
ligiosas y
tólica. Es
sos lumín
con nuev
go de Cá
de los alt
sas, dió
como ast
mereció
minandu
Concilios
haya co
naciones
tradicior
hoy año
ma, de s

Al rec
Nuestro
á vuestro
políticas
aun en
patria,
cadencia
grandez
trecho á
res; es

otras naciones acudir también á Nos, y hemos acogido con especial placer sus sentimientos de sumisión y de amor; pero ninguna de aquellas demostraciones fué tan imponente como esta que ofrece por medio de vosotros la católica España, quien por tanto merece al parecer llevarse la primacía. Y esto no ha de ocasionar sentimiento á los demás pueblos católicos, sino que por el afecto filial que todos igualmente abrigan hacia el Pontífice Romano, aún será para ellos motivo de complacencia y de regocijo.

La historia gloriosa de vuestra patria puede llamarse con razón un monumento que proclama é ilustra su fe. Inflexible cuando rechazaba la infidelidad mahometana y las asechanzas de la herejía, mantuvo siempre incólume con heroicos esfuerzos la unidad de sus creencias religiosas y la inquebrantable sumisión á esta Sede Apostólica. España dió en todo tiempo á la Iglesia asombrosos luminares de santidad, entre los cuales resplandecen con nueva y brillante luz los Beatos Juan de Ávila y Diego de Cádiz, á quienes hemos decretado poco ha el honor de los altares: dió ilustres fundadores de Ordenes religiosas, dió doctores y maestros insignes, entre los cuales, como astro mayor, señorea aquel Isidoro de Sevilla, que mereció el título de *Doctor egregius cum reverentia nominandus*. Y si otros motivos no hubiese, los grandes Concilios Toledanos bastan por sí solos para que España haya conseguido uno de los primeros puestos entre las naciones beneméritas de la Iglesia. Y á estas brillantes tradiciones de nación eminentemente católica, ha querido hoy añadir esta nueva prueba, y por cierto esplendidísima, de su fe.

Al recordar todo esto, es grave el dolor que ocasiona á Nuestro corazón paternal el detrimento no pequeño, que á vuestra grandeza nacional han causado las conmociones políticas y sociales, que casi de un siglo á esta parte, y aun en nuestros tiempos, han afligido y afligen á vuestra patria, á la par que á otros pueblos, arrastrándoles á decadencia y ruina. Recordad, Hijos amadísimos, cómo la grandeza de España anduvo siempre unida con lazo estrecho á su acatamiento, á la fe sacrosanta de sus mayores; es más, de este acatamiento principalmente nació.



De venta en las principales librerías.

Precio, 75 céntimos.

El producto de este libro se destina al di-
nero de San Pedro.